



Instituto de Dirección
y Organización de Empresa.

Cátedra de Política
Económica de la Empresa

PROF. DR. DR. SANTIAGO GARCÍA ECHEVARRÍA

Núm. 83

BASES PARA UNA ETICA ECONOMICA CRITICA

Prof. Dr. Peter Ulrich
Universidad de St. Gallen

UNIVERSIDAD  DE ALCALÁ

Doc.

I-B - 83

UNIVERSIDAD DE ALCALA



5901080741

**CONFERENCIAS Y TRABAJOS DE INVESTIGACION
DEL INSTITUTO DE DIRECCION Y ORGANIZACION
DE EMPRESAS / Núm. 83
DIRECTOR : Prof. Dr. SANTIAGO GARCIA ECHEVARRIA**

D

BASES PARA UNA ETICA ECONOMICA CRITICA

Prof. Dr. Peter Ulrich
Universidad de St. Gallen

Alcalá de Henares 1993

Consejo de Redacción :

Santiago García Echevarría (director)
María Teresa del Val
Susana Hita

Secretaría y Administración :

María Luisa Rodríguez

© Prof. Dr. Dr. Santiago García Echevarría

Dirección del I.D.O.E. : Plaza de la Victoria, 3
28802 – Alcalá de Henares.
Teléfono : 885.42.00
Fax : 885.42.06

INDICE

	<i>Pág.</i>
<i>INTRODUCCION</i>	5
1. <i>LA ETICA DEL MUNDO DE LA VIDA: ACERCA DE LA SITUACION DE PARTIDA DE LA ETICA ECONOMICA EN EL MUNDO MODERNO</i>	7
2. <i>¿ETICA ECONOMICA CORRECTIVA?</i>	10
3. <i>¿ETICA ECONOMICA FUNCIONAL?</i>	15
3.1. <i>El trasfondo histórico-filosófico</i>	16
3.2. <i>Presupuestos del enfoque funcional</i>	20
3.3. <i>Limites sistémicos</i>	28
4. <i>RASGOS BASICOS DE UNA ETICA ECONOMICA CRITICA</i>	36
4.1. <i>La ética mínima deontológica de la razón económica: compatibilidad social y medioambiental de la economía</i>	38
4.2. <i>La autorreflexión crítica de la razón económica: los intereses propios bien entendidos</i>	44
4.3. <i>La aplicación desde el mundo de la vida de la razón económica: la idea de racionalidad socio-económica</i>	47
5. <i>LA ETICA ECONOMICA COMO PARTERA DE UNA ECONOMIA AUTORREFLEXIVA</i>	55

INTRODUCCIÓN ¹

La interdisciplinaridad es una formula científica frecuentemente postulada, pero pocas veces practicada. Sin embargo, en el caso de una ética económica moderna se trata de una cuestión esencial, necesaria para superar la sintomática "no-relación" (Mittelstrass) entre la ética y ciencia económica pura. La cuestión radica en llevar a cabo una mediación metódica entre el mundo disciplinar de la racionalidad de los hechos económicos y el mundo del pensamiento filosófico de la razón ético-práctica, tan diferente del anterior.

Si este es nuestro objetivo, tenemos que reconocer que no es posible alcanzarlo desde enfoques de la ética económica que se contentan con concebir la moralidad como un correctivo externo de la lógica de los hechos económicos y, por tanto, con exigirla normativamente, sin afectar a la moralidad inmanente de la racionalidad económica. Ni tampoco lo alcanzan los enfoques de una teoría de la moral "puramente" económica, los cuales se limitan a analizar su

¹. Traducción de "Wirtschaftsethik auf der Suche nach der verlorenen ökonomischen Vernunft", in ders.(hrsg.), *Auf der Suche nach einer modernen Wirtschaftsethik. Lernschritte zu einer reflexiven Ökonomie*, Bern/Stuttgart/Wien:Verlag Paul Haupt, 1990, p. 179-226, realizada por el Prof.Dr.Domingo García Marzá de la Universidad Jaume I

funcionalidad económica (utilidad), sin querer comprometerse con obligaciones normativas de ningún tipo.

El enfoque propuesto en el presente artículo pretende, para no recaer en un planteamiento meramente correctivo, introducirse en la lógica de los hechos económicos, pero de una manera crítica. Para ello se elaborarán cuidadosamente tres límites o deficiencias sistemáticas de los enfoques puramente económicos de la ética económica: su "vacío deontológico", la falta de reflexión crítica de las preferencias empíricas (individualismo metodológico) y la falta de visión para las presuposiciones no sistémicas de una economía razonable (confusión de la racionalidad estratégica y la comunicativa). Estos tres momentos – una irrenunciable moralidad mínima deontológica, la reflexión crítica de las preferencias individuales y la reintegración del sistema económico en los patrones de racionalidad del mundo de la vida (Lebenswelt) de una sociedad liberal–democrática – constituyen, al mismo tiempo, las presuposiciones de la idea directriz moderna, éticamente sustanciosa, de una economía racional.

Finalmente se discutirá hasta qué punto la racionalidad económica y la ética pueden relacionarse bajo las condiciones estructurales de una sociedad moderna (enfoque integrativo de la ética económica). Con este fin, se adoptará un punto de vista diferenciado que, dejando espacio a un sistema económico relativamente autónomo, pueda superar los criterios de su racionalidad funcional en una idea de racionalidad socio– económica más comprensiva. En la ética económica se trata, en definitiva, de la fundamentación de un nuevo realismo (Sachlichkeit) económico éticamente consciente.

1. LA ÉTICA DEL MUNDO DE VIDA Y LA RACIONALIDAD SISTÉMICO-ECONÓMICA: ACERCA DE LA SITUACIÓN DE PARTIDA DE LA ÉTICA ECONÓMICA EN EL MUNDO MODERNO

El punto de partida de una ética económica moderna son las complejas realidades de la sociedad industrial "avanzada" en su perceptibilidad típica de la época. Hoy en día, la ética económica tan sólo puede ser **realista** en un sentido no oportunista, si no permanece ciega frente a estas realidades altamente desarrolladas. La ética se encuentra en medio de la tensión existente entre la lógica institucionalizada de los hechos de la economía moderna y las exigencias de las personas en cuanto a calidad de la vida moderna, sea lo que sea lo que entiendan por ello². Este campo de tensión entre la "justicia de los hechos" y la "justicia de las personas" de la economía moderna se basa en la diferenciación, constitutiva para nuestras sociedades, de un **sistema** económico relativamente independizado por una parte y de una progresiva disolución de las tradiciones socioculturales y racionalización del **mundo de la vida** (Lebenswelt) por otra. La actual demanda de una ética económica se "debe" a una acentuación del citado campo de tensión desde los dos extremos: por un lado cambia sustancialmente el fondo de experiencia que afecta a la **racionalidad funcional** (conformidad con los hechos) de nuestro sistema económico; y, por otro, se ha puesto en marcha un cambio de conciencia y de valores (¿en aceleración?) con referencia a la compatibilidad social y medioambiental de nuestra economía. Se puede observar – a través de los viejos frentes ideológicos y políticos – una sensibilización de amplios sectores de la población ante la creciente problematización de

². Para la problemática de una mediación posible en este campo de tensión entre la lógica de los hechos y la justicia de los hombres, Cfr. A. RICH, *Wirtschaftsethik. Grundlagen in theologischer Perspektive*, Gütersloh, 1984, p. 81

los efectos globales **para la praxis vital** de la dinámica "desencadenada" del sistema (crecimiento económico); ante el cada vez más palpable sentido propio de la fuerza de los hechos o incluso ante el callejón sin salida al que parece llevarnos irremediablemente; ante las promesas sin cumplir del progreso de la sociedad industrial e incluso ante las posibilidades desaprovechadas de una forma de vida social e individual más racional en el mundo moderno "avanzado". Cada vez nos damos más cuenta de que aquello que se presenta como económicamente racional en el marco del sistema económico "dado", no tiene que ser por ello, incondicionalmente, también racional para nuestra praxis vital.

Esta problematización, provocadora a primera vista, de la "exitosa" racionalidad económica no se refiere preferentemente a lo que J. Wieland³ denomina los efectos "internos" de la racionalización económica del sistema, sino a los efectos "externos" de este proceso con respecto al mundo de vida social (costes sociales) y el medio ambiente natural (costes ecológicos). El "tema específico" que se expresa en la demanda actual de una ética económica se encuentra en la relación exterior de la racionalidad interna del sistema y en los aspectos no sistémicos de la economía racional. Dicho más escuetamente, se trata de la **razón económica perdida desde la perspectiva del mundo de vida**⁴.

³Cfr. J. WIELAND, "Wirtschaftsethik als Selbstreflexion der Ökonomie. Die Mindestmoral im ökonomischen System und die Verantwortung für externe Effekte", en ULRICH P.(ed.): *Auf der Suche nach einer modernen Wirtschaftsethik. Lernschritte zu einer reflexiven Ökonomie*, St.Galler Beiträge zur Wirtschaftsethik, T.4, Bern/Stuttgart, 1990, pp 147-177

⁴Cfr. con respecto al "cambio de tema" de las exigencias práctico-vitales de los procesos de racionalización de la sociedad industrial en su fase actual, P.ULRICH: *Transformation der Ökonomischen Vernunft.Fortschrittsperspektiven der modernen Industriegesellschaft*, 2ª Ed, Bern/Stuttgart,1987,pp.11 y ss

La utilización del concepto de razón económica introducido en este postulado no está, desde luego, conforme con su sentido tradicional. El concepto "reinante" de la racionalidad económica se caracteriza más bien por excluir todos los aspectos de la racionalidad que no sean puramente funcionales. Desde la modernidad, el proceso de una racionalización económica literalmente desencadenada y normativamente desinhibida se refleja, en el nivel científico, en la progresiva separación disciplinar de la racionalidad económica y la ética – en este sentido la ciencia económica moderna es una teoría totalmente "realista". A la relativa autonomía del sistema económico en la práctica, corresponde en la teoría el concepto de una **ciencia económica "pura"** (o sea, libre de valoración) y **autónoma**, tal como se ha desarrollado en el paradigma neoclásico de la disciplina. El núcleo paradigmático de la teoría económica moderna del tipo neoclásico no consiste nada más que en el constructo de una racionalidad "puramente económica", entendida como completamente libre de valores y de ética y, en este sentido, también como neutra con respecto a intereses. Aquello que aparece como la "historia de una pérdida"⁵ desde el punto de vista ético-filosófico, a saber, la historia de la autorreferencia perdida de la comprensión de la racionalidad económica desde la razón ético-práctica, aparece desde el punto de vista de la ciencia económica pura, por el contrario, como la historia del éxito de su "**purificación**" (de ninguna manera completa) de cualquier referencia metafísica y ético-moral⁶.

⁵Cfr. J.MITTELSTRASS, "Wirtschaftsethik oder der erklärte Abschied vom Ökonomismus auf philosophischen Wegen", en P.ULRICH: *Auf der Suche...*, ob.cit., pp. 17-38

⁶Cfr. H.G.KRÜSSELBERG, "Property Rights-Theorie und Wohlfahrtsökonomik", en A. SCHÜLLER (ed.): *Property Rights und ökonomische Theorie*, München, 1983, pp. 45-77.

Para la reconstrucción de este proceso de purificación de la teoría económica cfr. igualmente P.ULRICH, *Transformation der ökonomischen Vernunft*, pp. 173y ss.

La consecuencia epistemológica de esta historia ambivalente de éxito o de pérdida de la economía moderna es la aparentemente "limpia" división del trabajo entre la ciencia económica "libre de valoración", por una parte, y, por otra, la ética pura (¿extra-económica?). Esto es lo que he denominado **el modelo de dos mundos de la racionalidad económica y la moralidad extra-económica**⁷. En él se oponen de inmediato la ciencia económica pura ("libre de ética") y la ética pura ("extra-económica"); entre ellas hay una **"no relación"** típicamente científicista⁸. A partir de la comprensión previa de estas relaciones, la ética económica puede, en un principio, aparecer primero tan sólo como un **antídoto** científico y práctico contra procesos de economización cuestionables desde el mundo de vida. En relación con la racionalidad económica "pura", la ética queda como algo externo, como un **correctivo moral** igualmente "puro".

2. ¿ÉTICA ECONOMICA CORRECTIVA?

Este enfoque, que aparece en distintas variantes pero siempre se basa implícita o explícitamente en el modelo de los dos mundos esbozado, entiende por principio **"la ética como correctivo del fallo de la economía"**⁹, como correctivo de la racionalidad económica.

⁷Cfr.P.ULRICH, "Wirtschaftsethik und ökonomische Rationalität. Zur Grundlegung einer Vernunftethik des Wirtschaftens" en *Beiträge und Berichte des Instituts für Wirtschaftsethik an der Hochschule St.Gallen*, N° 19, St.Gallen, 1987

⁸Cfr.J.MITTELSTRASS, op.cit.

⁹Por ejemplo P.KOSLOWSKI, *Prinzipien der ethischen Ökonomie*, Tübingen, 1988, pp. 31 y ss. Aunque encontramos también en sus trabajos argumentos que no corresponden al enfoque correctivo de la ética económica sino al funcional, la relación sistemática entre el objetivo de la argumentación correctiva (la ética trata de los costes de lo económico) y el funcional (la ética reduce los costes de transacción) presentada por Koslowski no está lo suficientemente clara. Cfr. al respecto mis consideraciones en

Característico para todas sus variantes es la premisa de que la racionalidad económica como tal representa una racionalidad de los hechos libre de ética, esto es, "puramente" económica. La racionalidad económica (o, en el contexto de la administración de empresas: de la economía de empresas) como tal, si se la supone "no ética", no puede ser asunto de la ética económica sino que ha de dejarse para la competencia específica de los economistas (o, en su caso los managers). Por así decirlo, el enfoque se apropia, desde el reverso de la medalla neoclásica de la ciencia económica, de su autocomprensión como ciencia libre de valoración con una referencia puramente instrumental a la práctica. Así se justifica que los criterios y exigencias éticos se apliquen a la acción económica simplemente **desde fuera**. El problema de mediación se ve como si se tratara simplemente de aplicar deductivamente unos principios éticos generales al contexto económico específico ("**modelo de aplicación**"¹⁰ de la ética económica).

A primera vista, el enfoque correctivo se corresponde bien con el "tema" actual de la ética económica, para el que hoy en día no se trata tanto de una "mayor eticidad" de la forma funcional del sistema económico en su interior, sino más bien de una ética de los efectos externos permisibles del sistema económico sobre el mundo de vida. Encuentra así una amplia aprobación en la esfera pública, al igual que entre los economistas orientados a la práctica. Por ejemplo, sirve de base especialmente, de manera muy poco reflexiva, a grandes partes

P.ULRICH, "Wirtschaftsethik als Kritik der "reinen"ökonomischen Vernunft", en CH.MATTHIESSEN (ed.), *Ökonomie und Ethik. Moral des Marktes oder Kritik der reinen ökonomischen Vernunft*, Freiburg, 1990.

Desde una dirección ético-filosófica diferente defiende H.STEINMANN una ética empresarial como "correctivo situacional de la ganancia".Cfr.H.STEINMANN/A.LÖHR,"Grundlagen und Problembestände einer Unternehmensethik", en *Unternehmensethik*, Stuttgart, 1989, pp. 3-21.

¹⁰Cfr. K.Homann/A.Suchanek: "Wirtschaftsethik –Angewandte Ethik oder Beitrag zur Grundlagendiskussion?", en B.BIERVERT/ M.HELD (eds.), *Ökonomische Theorie und Ethik*, Frankfurt, New York, 1987, pp. 101-121

de la **Business Ethics** estadounidense¹¹. Desde esta perspectiva, ni rastro de "razón económica perdida" del sistema **en sí**. La mediación entre el sistema y el mundo de vida se realiza mediante un compromiso, remitiendo en ocasiones la autonomía de este sistema a límites a definir exactamente bajo el horizonte de perspectivas éticas. Siempre que los efectos globales del proceder económico para la praxis vital amenacen con sobrepasar estos "**valores límite**" (del tipo ecológico, social, estético, etc.) determinados normativamente, habrá que corregir, de una manera situacional, la "racionalidad sistémica de los hechos" mediante una **contra-racionalidad** ético-política.

En un primer momento esta autolimitación, tipo compromiso, de la ética económica como correctivo externo para los "casos" donde falla la regulación económica (del mercado y de las ganancias), puede verse en nuestras sociedades industriales como un punto de partida "realista"¹². Sin embargo, para ello hay que presuponer que el sistema funciona por lo general suficientemente bien según su racionalidad interna, también desde la perspectiva de la praxis vital y que, por lo tanto, las correcciones éticamente fundamentadas solamente se requieren en un "caso excepcional". De lo contrario, el compromiso entre la regulación económica del sistema y la ética anti-económica se desplomaría y volvería a imponerse del todo el modelo de domesticación premoderno de la ética económica, lo cual sería incompatible con la premisa fáctica de un sistema económico relativamente autónomo. Se muestra así que bajo condiciones modernas la ética económica

¹¹ Richard T. DeGeorge pertenece a los defensores de la Business Ethics americana. Aunque nos habla del "Myth of Amoral Business" en fase ya de un lento desvanecimiento, concibe la ética empresarial, en primer lugar, como ética "pura" o general, para **aplicarla** a continuación pragmáticamente, incluso casuísticamente, a los problemas generales del contexto empresarial. Cfr. R.T. DeGeorge, *Business Ethics*, New York, London, 1982, pp. 4 y ss.

¹² Cfr. H. STEINMANN /A. Lohr "Unternehmensethik: eine realistische Idee", en *Zeitschrift für betriebswirtschaftliche Forschung*, 40, 1988, pp. 299-317

correctiva solamente puede desempeñar, ya desde su propio enfoque, una función de "parcheado". Dicho con las palabras de J. Mittelstrass, está construida enteramente como una **"ética de reparación"**¹³. ¿Pero qué ocurre cuando los efectos negativos externos del sistema económico sobre el mundo de vida, entendidos como efectos secundarios de casos excepcionales, se convierten en casos normales y, con ello, – en el caso imaginable de desarrollos críticos del problema de las externalidades – pasan posiblemente a ser cada vez más **lo esencial** de una forma de economía racional?. De todas formas, ya casi hemos conseguido que en lo que concierne, por ejemplo, a los hechos ecológicos de la sociedad industrial avanzada "la Naturaleza empieza a devolver golpes", como se dice últimamente en un eco-lenguaje no del todo aporofóbico. En vista de las externalidades ecológicas omnipresentes e ilimitadas de la producción y del consumo, se colapsa la distinción construida entre caso normal y caso de conflicto y, con ella, la "ética de reparación" entendida como el correctivo patente de la mecánica del sistema que normalmente marcha sobre ruedas¹⁴... La consecuencia que debemos sacar de ello es clara: la ética económica y, particularmente, la ética empresarial no puede ser pertinente como corrección situacional sino solamente como fondo ético **continuo** de la acción económica.

En la apreciación de su practicabilidad, el enfoque correctivo se muestra también no-realista en otro sentido. Si realmente es verdad que la raíz de los problemas está en la dinámica del sistema institucionalmente "desencadenada" –que al parecer ha tomado demasiado

¹³ J. MITTELSTRASS, *Wirtschaftsethik*, op.cit.

La terminología de "caso normal" y "caso excepcional" o "caso conflictivo" es aplicada como correctivo situacional del principio del beneficio por H. STEINMANN/A. LÖHR, op.cit., 1988

¹⁴ Cfr. al respecto R. PFRIEM, "Das Ökologieproblem als Gegenstand einer möglichen Unternehmensethik", en E. SEIFERN/R. PFRIEM, *Wirtschaftsethik und ökologische Wirtschaftsforschung*, Bern/Stuttgart, 1989, pp. 111–128

sentido propio— y en sus fuerzas motrices económicas, entonces no se puede comprender muy bien qué es lo que podría oponer una ética económica enfocada como simple correctivo a estas fuerzas tan potentes en sus efectos reales y a sus argumentos económicos "fuertes". A no ser que se presuponga que la ética se antepone a los argumentos de los hechos económicos como una instancia de autoridad superior ("**modelo de domesticación**"¹⁵). Así las cosas, esta presuposición implícita indica que el enfoque correctivo, en su comprensión previa de la relación entre la ética y la economía, quizás sea menos moderno de lo que parece al principio. La ética económica correctiva no solamente permanece externa a la racionalidad económica sino que necesariamente llega "**desde arriba**" al terreno económico, quedando literalmente "descolgada" de éste. Mi tesis es que en esta pretensión de primacía o autoridad se puede ver una comprensión premoderna de la ética, que sólo se ha revocado parcialmente en el sentido de querer hacerla compatible superficialmente con la situación de un sistema económico relativamente autónomo: el enfoque correctivo ha de interpretarse como una **forma parcialmente modernizada del modelo de autoridad tradicional de la relación entre la ética y la economía**. De nuevo se expresa aquí su carácter de compromiso. La comprensión previa de la autoridad del papel socio-político de la ética es difícilmente compatible con las realidades de una sociedad económica moderna, en la cual el poder real (también político) se encuentra en las "**fuerzas de los hechos**" institucionalizadas del sistema económico mismo¹⁶.

¹⁵. Cfr. K. Homann, "Die Rolle ökonomischer Überlegungen in der Grundlegung der Ethik", en H. HESSE, op.cit., 1988, p. 11; así como J. MERAN, "Ist es Ökonomisch vernünftig, moralisch richtig zu handeln", en P. ULRICH, *Auf der Suche...*, op.cit., pp. 53-88

¹⁶. Cfr. en contra de estas afirmaciones, K. HOMANN/A. SUCHANEK, op.cit., 1987

Pero si bajo condiciones modernas la ética económica no puede oponer al poderoso proceso de racionalización económica una "fuerza normativa" igualmente poderosa, solamente le queda el camino práctico de actuar a través de la **misma racionalidad económica**. Por así decirlo, sería muy ventajoso si pudiera ponerse delante de su propio carro. Esto significa que ya desde su propia concepción la ética se haga amiga, no enemiga, de la racionalidad económica que determina la praxis. La oportunidad para la ética económica de adelantar más en el asunto de lo que pueden hacerlo las objeciones idealistas del tipo "puramente" ético, consiste en introducirse en la fuerza normativa real de la racionalidad económica con intenciones ético-prácticas. De este punto de vista parte otra concepción muy diferente de la ética económica, que no sólo busca poner límites externos a la racionalidad económica, sino agotar primero su propio potencial de regulación con vistas ético-prácticas

3. ¿ÉTICA ECONOMICA FUNCIONAL?

Propongo para esta corriente la denominación de **enfoque funcional de la ética económica**, porque se centra en señalar en qué medida y con qué alcance la racionalidad económica misma ya "funciona" en el sentido de una ética moderna o puede ser aprovechada para ello mediante parámetros sistémicos apropiados. El enfoque pretende demostrar y acaso mejorar algo así como una "**moral interna**" endógena, necesaria para el funcionamiento del sistema económico. La idea parece seductora, pero la moderna ciencia económica "pura" cae en un argumento circular pues, según su pretensión de libertad de valoración, tiene que fundamentar su propia fuerza normativa "libre de ética" y **puramente** funcional. Pero de la nada nada se saca. Solamente se puede hablar de un contenido ético

interno de la racionalidad económica en cuanto no se ha conseguido del todo la "purificación" de la ciencia económica de todos sus agregados normativos. ¿Acaso fue una victoria pírrica aquel supuesto triunfo de la "ciencia económica pura" libre de valoraciones? ¿O es que, a pesar de eso, una "teoría económica de la moral" tiene fuerza ético-práctica? Vamos a indagar más en esta cuestión.

3.1 El trasfondo histórico-filosófico

Merece la pena reflexionar brevemente sobre el trasfondo histórico-filosófico de este enfoque. Sus raíces nos remiten a un cambio sorprendente respecto a la visión del problema en la temprana modernidad. La visión tradicional de la relación entre ética y economía, como se expresa en el modelo de domesticación aludido, deriva del ideal de unidad aristotélico y sobre todo medieval-escolástico de un orden social normativo cerrado y omnipresente. La emancipación de una ciencia económica autónoma del dominio del "saber eclesiástico" teológico-moral fue entendida tan escépticamente como, en el nivel práctico, lo fue un sistema económico autónomo liberado de pretensiones morales. Frente a ello, el enfoque funcional radica más bien en el modo de pensar protestante, sobre todo en la ética económica calvinista-puritana. Como muy bien expuso Max Weber, ésta puede considerarse como principio sociocultural fundamental del movimiento histórico de emancipación del sistema económico moderno. El nuevo "espíritu del capitalismo"¹⁷ liberal ya no ve primariamente lo antiético en la racionalidad económica, más bien descubre en ella misma una fuente y una instancia de la ética fundamentable desde el cristianismo.

¹⁷. Cfr. M. WEBER, *Die protestantische Ethik und der Geist des Kapitalismus*, Gütersloh, 1979

El elemento racional en este nuevo modo de ver la relación entre la ética y la economía es algo fundamental. Como Albert O. Hirschman¹⁸ trazó en su impresionante estudio sobre **Pasiones e intereses**, el momento decisivo para fundamentar la emancipación de la orientación al éxito económico ante la domesticación y el control eclesiástico de la moral tradicional ha de verse en el descubrimiento del potencial **ético-racional** de los intereses económicos para canalizar pasiones e impulsos irracionales del hombre en canales racionales, por así decirlo, "amansados". Al viejo escepticismo de la teología de la moral, que veía y sigue viendo siempre al enemigo de la ética en los intereses económicos del hombre, la burguesía políticamente fortalecida y con ánimo de cambios radicales le opuso un optimismo inaudito respecto a las virtudes éticas de un modo de vivir orientado en la economía y determinado por la ratio del pequeño burgués.

El cambio consiguiente de pensamiento desde el modelo tradicional de domesticación hasta el "**modelo de incentivación**" – como lo denomina Josef Meran – de la ética económica tiene un fondo de experiencia real en la modernidad temprana: es el **mercado libre**, ganado paso a paso por la burguesía urbana en lucha contra el viejo orden feudal, quien, junto con los principios democrático-liberales de la constitución estatal, se convierte pura y simplemente en el fundamento constitutivo y garantía de la libertad individual y social del ciudadano. La nueva forma de vida y modo de pensar económicos del comerciante y empresario independiente representa ahora la esencia de la "buena vida"; y en cuanto sirve al mismo tiempo al bien de todos gracias a la "mano invisible" del mercado, merece, en correspondencia, la justificación religiosa y ética que le dieron el calvinismo y el liberalismo económico.

¹⁸.Cfr.A.O.HIRSCHMAN, *Leidenschaften und Interessen. Politische Begründungen des Kapitalismus vor seinem Sieg*, Frankfurt, 1984

De todas formas, sería totalmente erróneo mantener que la mentalidad liberal-burguesa se hubiera despojado de la tradición ético-religiosa como si de una camisa que se ha quedado pequeña se tratase. Más bien radica el joven **ethos económico** burgués precisamente en la síntesis filosófica afortunada de la ética cristiana y del afán de éxito económico. El núcleo paradigmático de la síntesis de la temprana ética económica moderna es la idea de la autocoordinación de ciudadanos libres mediante **contratos de cambio** en el seno de mercados libres. Aquí coinciden inicialmente la ética liberal y la eficacia económica. Así, en el lugar de la dicotomía medieval-escolástica entre "este" y el "otro" mundo se introduce ahora una orientación hacia este mundo aparentemente secularizada por completo, y en el lugar del conflicto por principio (aún prescrito en el enfoque correctivo) entre la ética y la economía se impone ahora la armonización de ambas. Estamos implícitamente ante el modo de pensar de la **filosofía del derecho natural** que mantiene unido el sistema económico puramente funcional, incorporándolo a la "armonía preestablecida" (Leibniz) de la creación divina. Esto le permite al filósofo moral Adam Smith desarrollar la idea básica de un **sistema** económico libre de exigencias directas de la autoridad moral sin quedarse, por ello, ajeno a toda ética. Es ahora el "sencillo sistema de la libertad natural"¹⁹, de la autocoordinación basada en contratos de cambio entre sujetos libres económicamente, el que puede y debe poner en marcha la "racionalización" económica y, al mismo tiempo, sustituir para provecho de todos la solución autoritaria tradicional del problema de armonización de intereses sociales. Precisamente porque Adam Smith, todavía dentro de una confianza primitiva en la filosofía del derecho natural, puede poner este "sistema", como él mismo dice, en la "**mano invisible**"²⁰ del gran arquitecto del sistema, la ética económica liberal tiene la

¹⁹.Cfr.A.SMITH, *Der Wohlstand der Nationen*, München, 1978, p. 582

²⁰.Ibidem, p. 371

posibilidad de emancipar esta implícita **moral interna del sistema económico moderno** de la tutela eclesiástica y de la política tradicional. La confianza burguesa en el potencial de razón ética inherente a la racionalidad económica descansa firmemente en una **metafísica del sistema** como el garante "natural" de la armonía de intereses político-económicos²¹. La inversión de perspectivas es casi perfecta: el sistema económico ya no es el enemigo latente sino la garantía de una sociedad éticamente buena y justa. Sobre este fondo, en definitiva, se comprende lo económico como funcional para lo ético.

La reflexión histórica nos muestra que existe una línea ininterrumpida que conduce desde el fundamento de la filosofía del derecho natural (justificada, al fin y al cabo, cristiano-religiosamente) de la Economía Política clásica pasando por el fundamento **ético-utilitarista** del neoclasicismo, particularmente la teoría del bienestar, y llegando finalmente hasta los intentos de fundamentación **teorético-contratual** de la teoría económica reciente (Nueva Economía Política y Nueva Economía Institucional, respectivamente)²². De esta forma, como ya se ha dicho, la teoría económica se fue "purificando" progresivamente de ingredientes metafísicos y filosófico-morales sin que, por ello, se hubieran abandonado por completo los patrones originales de pensamiento. Sólo la fundamentación del contenido ético, siempre supuesta implícitamente, de la racionalidad económica se transforma en una base estrictamente analítica (funcional) que, a primera vista, ya no admite premisas normativas sino solamente empíricas. Estas razones histórico-filosóficas, esbozadas tan sólo a grandes rasgos, deberían bastar para dar a entender, incluso al observador inexperto de la discusión actual sobre ética y economía,

²¹. Para la interpretación de esta metafísica del sistema como garante de la armonía de intereses en la economía política de la temprana modernidad, cfr. P.ULRICH, "Diskursethik und politische Ökonomie", *Beiträge St.Gallen*, núm. 28, 1989

²². Cfr. para estas relaciones P.ULRICH, *Transformation...*, op.cit., p. 180y ss.

cómo es posible el intento, a primera vista paradójico, de concebir la ética económica como "pura" **teoría económica de la moral** o al menos, de esta manera, contribuir fundamentalmente a una ética económica moderna, racionalmente orientada, como por ejemplo es el objetivo de Karl Homann. El contenido ético, últimamente redescubierto también por la ética filosófica, de esta fundamentación de la moral se encuentra – al contrario de la autocomprensión prevaleciente de la ciencia económica moderna como ciencia "pura" (libre de valoraciones) – precisamente en la calidad liberal de la idea de contrato (de cambio).

3.2 Presupuestos del enfoque funcional

Con el paradigma del contrato (de cambio) y el patrón de racionalidad ético-utilitarista se han mencionado ya los dos elementos centrales que subyacen a una teoría económica de la moral hasta en sus variantes más sofisticadas y que explican su fuerza normativa. Este enfoque se determina más exactamente como **enfoque funcional de la ética económica** porque en él el interés por el conocimiento es representado – en el sentido de la tradición protestante-liberal esbozada – por la justificación de la utilidad e incluso de la irrenunciabilidad de las autoobligaciones morales de los individuos. Es decir, por la demostración de la funcionalidad de la moral con respecto a la eficacia del sistema económico para los intereses "dados" (empíricamente determinables) de los sujetos económicos. En este sentido, el enfoque se orienta – dicho con palabras de Wieland – al objetivo de aclarar la "moral mínima" del sistema económico, presupuesta para su buen funcionamiento y que, al mismo tiempo, puede fundamentar "puramente" desde su propia racionalidad sistémico-funcional. No se hace afirmación alguna sobre la calidad ética de las necesidades e intereses empíricos de los sujetos económicos implicados, para cuya satisfacción eficiente el sistema ha de "funcionar".

Desde lo anteriormente dicho es comprensible la ambivalencia que parece caracterizar el enfoque funcional de la ética económica entre, por un lado, el motivo de la emancipación o bien liberación de exigencias ético-morales por parte de la racionalidad económica del sistema; y, por otro lado, la comprensión básica de que la moral representa una presuposición **funcional** necesaria con respecto al funcionamiento eficaz del sistema. Esta ambivalencia es abolida por la heurística de la investigación de tal manera que la ética o la moral son elevadas a **objeto** (objeto de investigación) de análisis pero no a **instancia** de fundamentación, como sucede en el caso del enfoque extra-económico de la ética económica correctiva. Por consiguiente, el enfoque funcional quiere y debe excluir toda fundamentación normativa (deontológica) de la ética; se limita explícitamente a una **fundamentación moral por intereses y nada más**²³. Esto no significa, como Homann admite cautamente, que se afirme por principio que otras fundamentaciones sean superfluas, sino que se trata, como ya hemos dicho, de una mera heurística de la investigación, con la que los patrones de argumentación económica se hacen fértiles para la ética. Sin embargo, con ello estamos haciendo – al contrario de la autocomprensión de Homann – una presuposición "fuerte", porque implícitamente elevamos a instancia **normativa** última de la ética (económica) los intereses y preferencias efectivas (empíricos) de los individuos o bien el consenso efectivo entre las partes contratantes (individualismo metodológico). Más adelante volveremos sobre ello.

La reducción así conseguida del problema de fundamentación a una **explicación** – como habría que decir con más exactitud – del comportamiento moral conforme a intereses, es equivalente a dos rasgos constitutivos del modo de cuestionar y argumentar del enfoque

²³Cfr. por ejemplo K. HOMANN, "Entstehung, Befolgung und Wandel moralischer Normen: neuere Erklärungsansätze", en *Wirtschaftsethik – Gesellschaftswissenschaftlichen Perspektiven*, Kiel, 1989, pp. 47-64

funcional. Por una parte, no se trata estrictamente hablando de la fundamentación normativa, sino de la **motivación** empírica²⁴ de los sujetos de economía para una conducta moral. Por otra parte, y esto representa ya una segunda presuposición "fuerte" del enfoque, se les atribuye a los individuos únicamente una **racionalidad estratégica** y una correspondiente estructura motivacional que maximiza el provecho propio. Esta segunda premisa "fuerte", que no tiene que ser forzosamente realista²⁵, es necesaria para este enfoque, porque en caso contrario habría que tener en cuenta de inmediato que la motivación real de los sujetos humanos **no** puede reducirse al "frío" cálculo estratégico-utilitarista, sino que en realidad es inseparable de convicciones normativas. En consecuencia, no hay que pasar por alto que posiblemente el enfoque elimina aquí, sin más y por definición, la calidad humana decisiva del **Homo oeconomicus** que soporta toda ética y moral en la praxis vital, esto es, su conciencia moral y responsable "no-calculadora", que puede estar más o menos desarrollada, pero difícilmente ausente por completo.

Ahora bien, este **vacío ético** metódicamente autofabricado es reinterpretado de inmediato como un mero "vacío de motivación"²⁶. Tan sólo queda la pregunta por la forma de provecho propio o por los incentivos a través de los que los individuos pueden ser "motivados" para un comportamiento análogo a la moral, o, en palabras de K. Homann: "El comportamiento moral mismo se convierte en una

²⁴cfr.J.MERAN,"Wirtschaftsethik als motivationale Klugheitsethik zu konzipieren", en *Ist es ökonomisch...*, op.cit.

²⁵A.SEN ha mantenido frente a este "self-interest view of rationality" una "ethics-related view of motivation", de esta forma quiere dar a entender que una visión amplia de los aspectos ético-morales de la motivación humana puede aumentar el potencial de explicativo de la ciencia económica. Cfr. *On Ethics and Economics*, Oxford/New York, 1987, pp. 15y ss

²⁶K.HOMANN, "Entstehung....", op.cit., p. 60

estrategia dentro del cálculo de actores racionales."²⁷. Con ello se abre, efectivamente, una oportunidad en la heurística de la investigación. La fuerza potencial de este enfoque radica en mediar entre las exigencias éticas y los motivos económicos comprendidos en el interés propio bien entendido de los sujetos económicos. De esta forma, se puede superar la impotencia característica (el problema de la realización) de los llamamientos o pretensiones extra-económicos de la moral frente a la racionalidad orientada al éxito económico, tan enormemente potente en sus efectos. En este sentido, se puede hablar con J. Meran de una **ética económica motivacional** o, como también se podría decir, de una ética analítica de la prudencia. La prudencia a la que se apela está – dicho en términos económicos – precisamente en el "motivo" para rebajar los costes de fricción social (los llamados "costes de transacción"). En resumen: **La economía descubre a la ética como factor reductor de costes y, con ello, como fundamento de una economía más eficaz.**

Tan sólo un moralista riguroso, que aún tiene el concepto cientificista de una ciencia económica "pura" y una ética "pura" o que, por otros motivos, sólo pueda imaginarse a la ética como ciencia pura de la moral, rechazará la oportunidad de actuar en la práctica abierta aquí para la ética e insistirá en la premisa contraria de toda ética normativa, o sea, en que la moral aplicada a la economía tiene que ir necesaria e literalmente a costa de la rentabilidad. Qué puede ser mejor para una ética económica moderna que el hecho de que los economistas – en su propio lenguaje – empiezen a descubrir y apreciar la moral como "bien público" y "recurso escaso", cuya validez social está en el interés de los sujetos económicos, por muy unilateralmente que se interesen por su propio provecho personal. Hasta donde alcanza la "fuerza motivacional" de este enfoque se abre la perspectiva de una posibilidad de implantación social de postulados éticos que de hecho

²⁷..K.HOMANN, "Entstehung,...", op.cit., p. 50

no requiere ninguna instancia moral extra-económica sino sólo los apropiados **incentivos** conformes al sistema.

A mi entender, es precisamente este potencial el que acredita al enfoque como una contribución valiosa para una ética económica moderna. En el interés emancipatorio de sondear por esta vía las posibilidades de una solución no normativa y no autoritaria del problema social del orden y de la armonización de intereses, la teoría económica de la moral sale al encuentro del viejo "motivo" de la teoría político-filosófica del **contrato social** en la tradición de Thomas Hobbes, para encontrar una salida liberal al dilema entre la anarquía ("lucha de todos contra todos") y el "Leviathan" (estado totalitario) y, con ello, al orden social medieval tardío. La actual teoría económica de la moral se encuentra en la cómoda situación de haber explotado metódicamente todo el instrumental relativamente eficaz de la teoría económica reciente para el análisis de este viejo problema central filosófico-social. Básicamente se pueden nombrar dos líneas fundamentales de argumentación de la teoría económica que el enfoque funcional de la ética económica intenta hacer fructíferas para sí.

Una de las vías parte del **dilema de los prisioneros**, o sea, del problema de cómo puede "motivarse" para estrategias de cooperación a los individuos puramente "motivados" por el provecho propio, que, en un principio, se encuentran en una situación de interdependencia estratégica de utilidad con intereses opuestos. La única respuesta concebible en el enfoque está clara en principio, ya que ha de ser de naturaleza **estratégico-utilitarista**: la estrategia de solución va encaminada a exponer o crear una estructura de incentivos y motivaciones, donde el "comportamiento moral" (y esto, entonces, significa tan sólo: renuncia al comportamiento de **free-rider** o del gorrón) derive en provecho mutuo de todos los implicados. Este patrón de argumentación lo desarrollan los múltiples modelos de la **teoría de juegos** que se introducen en estrategias de cooperación y **bargaining**

y que, desde hace algún tiempo, causan gran sensación en la teoría económica reciente bajo la denominación "**Teoría de la elección racional**". Esta constituye un camino para ampliar la teoría económica antigua, limitada al ámbito de los procesos de mercado, hacia una teoría económica general del comportamiento racional (social). Aquí falta espacio para entrar en detalles sobre la multitud de estos modelos que, en parte, son bastante complejos. D. Gauthier es un buen ejemplo de esta vertiente de la ética económica funcional²⁸.

La segunda línea de la ética económica funcional también se basa en los modelos básicos de la teoría de juegos, pero se encuentra más fuertemente unida a la tradición hobbesiana de la teoría contractual. El más importante desplazamiento del punto de enfoque que se puede extraer de ella está en la comprensión, elaborada particularmente por J.M. Buchanan, de la diferenciación sistemáticamente necesaria de **contrato de cambio y contrato social**²⁹. De ella resulta, para la solución del problema de la armonización de intereses político-económicos, un **principio de fundamentación en dos niveles**. Se parte para ello de que la fundamentación de las condiciones marco de la política de ordenación, en lo referente a proceso de cambio eficientes (mercados), ya no es posible dentro de los cálculos de cambio económicos sino que ha de realizarse en el nivel superior de un contrato social general y de una manera diferente, porque es éste quien determina **las presuposiciones constitucionales** en cuyo marco se posibilita una "economía de libre mercado", es decir, en cuyo marco se les puede dar opción a los individuos para perseguir intereses particulares mediante negocios de intercambio en los mercados y donde por fin tiene sentido

²⁸ D. Gauthier, *Moral by Agreement*, Oxford, 1986

²⁹ J.M. BUCHANAN, *The Limits of Liberty. Between Anarchy and Leviathan*, Chicago/London, 1975; del mismo autor, *Freedom in Constitutional Contract. Perspectives of a Political Economist*, College Station/London 1977. Cfr. también mi análisis en P. ULRICH, *Transformation...*, op.cit., p. 253y ss.

hablar de un sistema económico "eficaz". A mi juicio, la ventaja de esta variante del enfoque radica en que al explicitar la imposibilidad racional de hablar sin presuposiciones de la "eficacia" y de la "racionalidad económica", abre una vía sistemática, incluso dentro del marco de la "pura" ciencia económica neoclásica, para **las presuposiciones no económicas de la razón económica**. Con ello Buchanan deja atrás, al menos parcialmente, el pensamiento economicista del **Mainstreams**. Frente a esto, demuestra ser un círculo vicioso todo intento de fundamentación puramente económica de las ordenaciones institucionales que pretenda fundamentar, junto con la racionalidad de cálculo del mercado, también las presuposiciones de la política de ordenación del mismo³⁰. Tan sólo con esta diferencia aparentemente pequeña, aunque conceptualmente de suma importancia, el enfoque de la **Constitutional Political Economy** (o Constitutional Economics) fundamentado por Buchanan abre una brecha en el economicismo reinante, y con ello la economía política reciente vuelve a relacionarse con la conciencia ético-política de la economía política clásica de un Adam Smith.

Pero, como hemos formulado arriba, visto más de cerca, también esta segunda línea de la ética económica funcional vence el círculo vicioso tan sólo parcialmente. Aunque Buchanan se da cuenta en el fondo de que en el nivel constitucional se trata de presuposiciones normativas de la economía y por ello exige expresamente, si bien en términos extrañamente difusos, que éstas habrían de fundamentarse "de otra manera" que las decisiones postconstitucionales del nivel de los contratos de cambio privados si se quiere evitar un regreso infinito a

³⁰En el mismo círculo se encuentran, como creo haber mostrado en otro lugar, (P. ULRICH, *Transformation...*, p. 213) la mayoría de enfoques dentro del marco de la **New Institutional Economics**(NIE), como la Property-Rights Theory, el enfoque de los costes de transacción, etc. La causa de ello es pretender concebir en la línea del paradigma neoclásico el "arreglo institucional" como ámbito objetual del análisis económico puro, en vez de hacerlo, al igual que Buchanan, como **presupuesto normativo** de todo argumento de eficacia económica.

presuposiciones del contrato cada vez más remotas³¹, a mi juicio permanece más economista que ético en el punto decisivo que potencialmente rompe el paradigma: incluso él sigue intentando fundamentar el contrato social constitucional de una manera **funcional** (no normativa), es decir, intenta "producirlo motivacionalmente" dentro de la racionalidad estratégico-utilitarista de individuos interesados sólo en el provecho propio. En consecuencia, en este lugar se vuelve a aplicar el modelo básico de la teoría de juegos. La preferibilidad social de un contrato social general se intenta hacer plausible, siguiendo a John Rawls³², en una especie de "**juego constitucional**", presuponiendo necesaria e inmediatamente, en el marco del individualismo metodológico, una premisa a su vez fuertemente normativa, a saber, que un contrato social legítimo (constitución) debe basarse en el consenso fáctico unánime de todos los ciudadanos.

En nuestro contexto, el resultado más importante del enfoque funcional de la ética económica, sobre todo de los últimos modelos de la teoría del contrato que se han esbozado, está, a mi juicio, en lo siguiente: ya no es posible, siquiera desde la "perspectiva puramente económica", defender en nombre de las ciencias económicas ideologías paleoliberales del fundamentalismo del mercado, encargadas de exaltar la "libertad de mercado" como paradigma de libertad por antonomasia y, desde allí, malinterpretar como "limitadores de la libertad" no

³¹.Cfr.J.M.BUCHANAN, *Freedom in Constitutional Contract*, op.cit., p. 11; así como J.M.BUCHANAN/ G.TULLOCK, *The Calculus of Consent. Logical Foundations of Constitutional Democracy*, Ann Arbor, 1962, p. 6

³².J.RAWLS, *Eine Theorie der Gerechtigkeit*, Frankfurt, 1979 (Cambridge, Mass,1971). En el juego teórico constitucional que Rawls ha desarrollado en su influyente obra acerca de la teoría de la justicia como imparcialidad, que expresamente concibe como "parte de una teoría de la economía política", recurre para cubrir el "vacío ético" de la teoría neoclásica a una situación original ficticia que define condiciones de partida simétricas para todos los participantes. Pero bajo condiciones reales se encuentra este enfoque con la cuestión de que no es capaz de presentar ningún regulativo ético frente al siempre desigual **status quo** de la distribución de bienes, posiciones y posibilidades.

solamente la mayoría de los intentos actuales de regulación de la política de ordenación, sino la idea de la democracia social en sí misma. La economía política constitucional en el sentido de Buchanan pone en claro que el marco de la política de ordenación fundamentado en el contrato social no **limita** la libertad individual sino que la **constituye**, es decir, la crea y la protege del libre albedrío del más fuerte (darwinismo social). En este sentido, el enfoque apoya básicamente una comprensión **ordoliberal** de la economía de mercado y del entendimiento subyacente de la irrenunciabilidad de una "moral mínima"³³ también dentro del sistema económico y dentro de la teoría económica respectivamente. Sin embargo, en su estrecho campo de visión de la racionalidad "puramente" económica, aún no es capaz de tematizar suficientemente la calidad ética de las presuposiciones constitutivas reconocidas de una economía social con división racional del trabajo. La moralidad, en cuanto no se deja entender como racionalidad funcional, sigue permaneciendo fuera de los conceptos categoriales de la ciencia económica moderna.

3.3 Límites sistémicos.

Hay que reconocer que la ética económica funcional en el sentido de los enfoques esbozados es capaz de desarrollar una eficiencia analítica considerable en uno de los puntos ético-político-económicos más complejos y que se muestra teóricamente muy atractiva y **sofisticada**. Esto, sin embargo, puede cambiar poco los **límites** fundamentales del enfoque funcional que constituyen el precio de la heurística de la investigación por esta eficiencia analítica. Mirando las cosas desapasionadamente, en el enfoque funcional parecen inevitables las reducciones de los problemas o aporías, pues no es posible explicar y fundamentar "de manera puramente economi-

³³.Cfr. J.WIELAND, op.cit, p. 148

ca" todas las presuposiciones normativas de un sistema económico apto para funcionar. Una superación total de la ética en el interés propio económico de los sujetos tampoco es posible con modelos sofisticados. Esto sería, valga la expresión, poner al zorro a guardar las gallinas de la ética económica.

En lo que sigue se intentará asentar los límites del enfoque funcional de la ética económica en tres deficiencias sistemáticas, a saber:

- a) en la falta del elemento deontológico (concepción puramente teleológica de la ética)
- b) en la falta de regulación crítica (individualismo metodológico)
- c) en la falta de la visión del mundo de vida (perspectiva puramente sistémica). A partir de ahí, la ética económica podrá continuar la búsqueda de la razón económica perdida.

a) La ausencia del elemento deontológico de una ética de la libertad (enfoque puramente teleológico)

La fundamentación puramente económica de la moral "por intereses y nada más" (Homann) no puede conseguirse nunca por completo, pues el modelo de racionalidad estratégico-utilitarista subyacente es expresión de una ética **teleológica** pura que determina el valor de una acción o de una regulación institucional exclusivamente desde sus consecuencias (su utilidad) con respecto a lo éticamente bueno (lo cual se define mediante el recurso a las preferencias empíricas de los individuos; véase abajo, punto b)). Por consiguiente,

la pretensión ético-normativa de una acción o regulación tan sólo puede tener desde esta perspectiva teleológica un carácter **condicionado**. Pero a esto se opone, precisamente también desde la perspectiva liberal-ética, la pretensión de validez normativa **incondicionada** (o, hablando con Kant, categórica) de aquellos valores y derechos básicos del hombre ligados a la conservación de la **calidad del sujeto** o condición de sujeto de todos los individuos, frente a todo intento de su objetivación por la fuerza o por la técnica social. A estas exigencias éticas incondicionadas pertenece en especial la idea de la inviolable **libertad y dignidad de la persona**. Hacer accesible para la comprensión racional el valor propio absolutamente obligatorio de los derechos fundamentales y de la libertad personal (**derechos humanos**), así como la calidad liberal de este postulado, es el sentido y la tarea de la **ética deontológica** en la tradición de Kant, como veremos con más detalle.

Ciertamente, también la teoría económica de la moral está declaradamente ligada a un modo de pensar liberal en el sentido de la primacía de la inviolabilidad de la autonomía individual. Entonces, ¿dónde exactamente se expresa el "vacío deontológico existente en su fundamentación de una sociedad liberal? Karl Homann denomina a esta hendidura el "**problema del separatismo**"³⁴, o reducción de la ética económicamente fundamentable a un egoísmo colectivo. Lo que una fundamentación de la moral o de la ética por intereses (en la tradición del enfoque hobbesiano de la teoría del contrato) no puede ofrecer nunca es la fundamentación del porqué todos los sujetos humanos afectados por una acción o una regulación han de ser incluidos en el contrato de cambio o social. La pregunta es evidente: ¿qué ventaja tendrían los implicados en un convenio al incorporar también al consenso a aquellos que solamente están afectados "externamente" por los efectos secundarios negativos, pero que no

³⁴.Cfr.K.HOMANN, "Strategische Rationalität, kommunikative Rationalität und die Grenze der ökonomischen Vernunft", en P.ULRICH, *Auf der Suche...*, op.cit, p. 103-119

pueden aportar ningún contrapeso estratégico? Desde luego no es "eficaz" en referencia al interés propio (colectivo) de las partes contratantes hacer participar a estos "externos". La modalidad tradicional y al mismo extrema de este problema del separatismo desde Aristóteles hasta Buchanan, pasando por Hobbes, es la falta del contraargumento "racional" contra la justificación económica de la esclavitud. Hoy en día, este problema del separatismo tiene una nueva actualidad, como también menciona Homann, en la forma de exclusión del cálculo de beneficios de los implicados de las generaciones posteriores aún por nacer. Piénsese en los costes ecológicos irreversibles de la economía que posiblemente pongan en duda la calidad de vida o incluso las bases vitales de nuestros descendientes.

Aunque sea posible justificar unas libertades fundamentales iguales para todos los efectivamente **implicados** en un "juego de constitución" bajo determinadas condiciones, a partir de la utilidad recíproca y desde su interés colectivo bien entendido, no es lo mismo para aquellos ajenos que solamente son o serán en un futuro **afectados** por los "efectos externos", ya que son **impotentes**, es decir, no pueden "perturbar" el cálculo de los implicados. En este punto esencial para la ética económica y altamente tópico en un mundo lleno de efectos externos negativos de la economía privada, al enfoque teleológico-utilitarista, y a la presuposición supuestamente más débil de una fundamentación de la moral por intereses "dados", les falta una regulación ética para que puedan criticar de forma sistemática y con intención ética el **status quo** de las oportunidades casi siempre muy divergentes de los distintos grupos sociales o individuos, para hacerse oír en el proceso de decisión político-económica.

Sin embargo, es éticamente intolerable que la pretensión de libertad y las oportunidades de participación de una parte de los sujetos humanos se haga dependiente del cálculo (individual o colectivo) de cualesquiera otros sujetos más poderosos: la libertad condicionada no

es libertad. El vacío ético eliminado supuestamente por el enfoque funcional mediante el recurso a la "motivación" económica vuelve a alcanzarle en la forma específica de un **vacío deontológico**. Volveremos sobre ello en el apartado 5.

b) La ausencia de una regulación crítica en relación con las preferencias efectivas (individualismo metodológico)

La ausencia de una regulación crítica frente al status quo de la distribución social de posiciones y recursos, tiene que ver con la premisa fundamental de la filosofía del derecho natural utilizada en la ciencia económica del Mainstream bajo el rótulo de **individualismo metodológico**. Nos referimos a la presuposición normativa "fuerte" de que a las manifestaciones de las preferencias empíricas (las necesidades efectivas) de los sujetos económicos les corresponde una calidad ético-racional y con ello una obligación normativa **que ya no es cuestionable**. Con la reducción de lo éticamente bueno a lo empíricamente deseado por los individuos, se establece el fundamento normativo necesario sobre el cual una teoría, que a primera vista es "puramente" económica, puede liberarse completamente de toda instancia moral extra-económica demostrando, sin embargo, una fuerza práctica de solución de problemas, aunque sea a costa de una deducción errónea naturalista del ser al deber. Instancia última de todas las valoraciones ético-morales debe ser cada individuo por sí mismo, y esto significa que las preferencias subjetivas "dadas" se tienen por **no-cuestionables** y, con ello, no criticables. Este es precisamente el contenido ético-político del axioma de la teoría económica neoclásica de la **soberanía de preferencias** de los sujetos económicos. De ahí se explica, en último término, la adhesión decidida de toda la ciencia económica del Mainstream al individualismo metodológico, que en realidad es fundamentalmente un **individualismo normativo**, y la consiguiente exclusión de todos los enfoques que postulan un trato crítico con las preferencias empíricas. Consecuentemente, esta

autocomprensión **acrítica** de la "ciencia económica pura" se encuentra entretejida persistentemente incluso en los enfoques recientes de la economía política e institucionalista y hasta en la economía política constitucional de Buchanan.

Por muy simpático que sea de por sí este punto de vista radical-liberal frente a todas las posiciones pedantes y autoritariamente moralizantes, oculta el hecho de que los sujetos emancipados son capaces³⁵, en cierta medida, de una autocrítica racional de sus propias necesidades y preferencias así como de las de otras personas, particularmente en lo que concierne su compatibilidad social y medioambiental, es decir, su **generalizabilidad social** (véase abajo, apartado 5). Frente a ello, en el individualismo metodológico los individuos actúan como las "mónadas" de Leibniz, entre las cuales es tan imposible como innecesario un entendimiento ético-racional acerca de necesidades individuales reflexionadas autocríticamente y compatibles con la sociedad, así como sobre un ajuste equitativo de intereses. Con ello, sin embargo, se derrumban los cimientos de una ética racional moderna. En definitiva, la mano invisible del sistema ha de realizar, de una manera puramente socio-técnica, toda la armonización de intereses mediante una ingeniosa "mecánica de incentivos" económicos. La única racionalidad que es accesible para los enfoques mencionados, es **la racionalidad sistémica puramente funcional e ilimitada**.

³⁵.El utilitarismo actual ha intentado vencer esta faceta acrítica con la introducción de metapreferencias. Cfr.al respecto J.C.HARSANY, "Morality and the Theory of Rational Behavior", en *Social Research*, 44, 1977, pp. 623-656

- c) La ausencia de la perspectiva del mundo de la vida para las presuposiciones no sistémicas del sistema económico (perspectiva puramente sistémica)

Desde las razones mencionadas, la ética económica funcional tiende a reducir la política de ordenación a **nada más** que una regulación del sistema. De esta forma, este enfoque percibe los problemas de partida en la praxis vital de una ética económica moderna sólo unidimensionalmente, esto es, sólo en el contexto de lo que J. Wieland denomina los **efectos internos** de las exigencias éticas del sistema económico. Al igual que el enfoque de armonización sistémica de intereses, se percibe a sí mismo como universal e ilimitado, por lo que todos los problemas de ordenación político-económicos deben resolverse **dentro** de la concepción de regulación del sistema. Los efectos externos se resuelven internalizándolos (caso de ser posible) en la mecánica sistémica. Ni se plantea la posibilidad de una armonización **no sistémica** de intereses.

Así las cosas, la ética económica funcional corre el peligro de elevar el sistema económico a una **falsa totalidad** y acabar pensando en términos tecnócratas hasta en las cuestiones actuales más centrales de la política de ordenación, como he expuesto detalladamente en otro lugar³⁶. Tan sólo una **perspectiva del mundo de la vida** que parta primero del **valor propio** humano de determinadas ideas principales de calidad de vida personal y social, es capaz de poner coto metódico a esta falsa totalización de las ideas de ordenación sistémica. Pero el reconocer el valor propio ético de estas calidades de vida está, por principio, más allá del alcance de una racionalidad puramente sistémico- funcional, precisamente porque no se trata aquí sólo del funcionamiento eficaz e "incuestionado" del sistema con respecto a preferencias individuales efectivas "dadas" al azar, sino de las ideas

³⁶ Cfr. PAULRICH, *Transformation...*, op.cit., pp. 371y ss.

principales ético-críticas para la reflexión y configuración conveniente en la praxis vital del orden social, en cuyo marco se pueden desarrollar "productivamente" – economía significa crear riqueza– las orientaciones de acción individuales y la racionalidad funcional del sistema económico.

Esta criticada falsa totalidad de la perspectiva del sistema estaría profundamente relacionada con el hecho de que el enfoque, debido a su procedencia utilitarista, se fundamenta en una concepción de racionalidad puramente tecnicista (instrumental y estratégica). Una idea independiente de la razón ético-práctica falta en la ciencia económica pura, por lo que la práctica totalidad de sus representantes son víctimas de la **confusión de la racionalidad estratégica y la comunicativo-ética**, por cuanto pretenden abarcar también ésta última con medios estratégico-utilitaristas, en vez de entender la racionalidad comunicativa como un **telos** con sentido propio (y valor propio) de los intentos de entendimiento argumentativo³⁷. Estas frecuentes dificultades que los economistas "puros" tienen con la diferenciación entre la racionalidad sistémico-funcional y la comunicativa del mundo de la vida son expresión de la tradición utilitarista de la ciencia económica pura. La ética utilitarista fue concebida en 1789 por J. Bentham como una ética racional moderna pragmático-social pero, desafortunadamente, se trataba aún del revestimiento filosófico-moral de un principio de racionalidad técnica³⁸. Precisamente por ello, la ética utilitarista tiene que bregar, incluso en sus variantes más sofisticadas (p.ej. de la teoría del bienestar), con una especie de "mecánica de beneficios" calculatoria. Bentham aún no sabía nada, ni la ciencia económica actual parece querer saberlo, como K. Homann recientemente ha vuelto a poner en claro, de la Crítica de la razón práctica de I. Kant, publicada casi al

³⁷. En esta confusión cae, a mi parecer, por ejemplo, K. HOMANN

³⁸. Cfr. para ello en particular P. ULRICH, *Transformation...*, ob. cit., pp. 173 y ss.

mismo tiempo (1788) y que puede leerse como una crítica deontológica de la razón utilitarista hasta en una de las formulaciones del imperativo categórico³⁹. Debido al concepto de racionalidad, partido por la mitad por el tecnicismo, la ética económica funcional sigue necesariamente aferrada a una ética puramente teleológica, pues de otra forma no podría ser una ética racional, aunque sea como mera ética de la prudencia. Aquí se cierra el círculo de las deficiencias sistemáticas del enfoque.

4. RASGOS BASICOS DE UNA ETICA ECONOMICA CRITICA.

Un enfoque de la ética económica que cultive el miedo ante cualquier contacto ético-deontológico yerra en principio el tema constitutivo de la ética económica. A mi juicio, éste puede verse precisamente en la tarea de mediar *metódicamente* entre el **elemento teleológico de la racionalidad económica** y el **irrenunciable elemento deontológico de la razón ético-práctica**. El enfoque funcional aún no ha abordado esta propuesta-puente que, a mi juicio, es fundamental. Por muy importantes que sean sus contribuciones pone, como mucho, los cimientos para uno de los pilares de este puente en la "orilla económica". En otras palabras: Una teoría puramente económica de la moral no es aún ninguna ética económica – tan sólo se está moviendo en su antesala analítica.

³⁹.El cambio (auto)crítico del utilitarismo realizado por Kant encuentra su expresión en la siguiente variante del Imperativo Categórico: actúa de tal forma que tengas a la humanidad, tanto en tu persona como en la persona de cualquier otro, siempre como fin y nunca como medio. Cfr. I.KANT, *Grundlegung zur Metaphysik der Sitten*, Frankfurt, 1968, p. 61. El momento deontológico en esta fórmula aparece en la frase "como en la persona de cualquier otro"(la misma calidad subjetiva para todos los hombres).

Para una ética económica fructífera que, aunque entre en la perspectiva de la racionalidad económica, no se limita al paradigma allí reinante de la racionalidad económica "pura", me parece decisivo que mantenga e incorpore los momentos irrenunciables arriba expuestos que están más allá de los límites de una teoría puramente económica de la moral:

- a) el necesario fundamento mínimo deontológico (en lugar de solamente teleológico)
- b) el trato crítico (en lugar de solamente empirista) con preferencias individuales "dadas"
- c) la perspectiva del mundo de vida (en lugar de la exclusivamente sistémica).

Sin renunciar por ello a la capacidad de conexión con la ciencia económica. Sin esta capacidad tendría que regresar infaliblemente a la concepción ya criticada de una ética meramente correctiva; por lo que, en adelante, habrá que dedicar especial atención a la mediación metódica entre estos momentos ético-prácticos y la racionalidad económica. Para este fin hay que aclarar primero la base normativa de la que se parte.

El enfoque crítico de la ética económica no se contenta ni con la **delimitación** externa del ámbito de validez de la racionalidad económica por una moralidad extra-económica (enfoque correctivo), ni con la "pura" **aplicación** a la ética de la racionalidad económica "dada" (enfoque funcional), sino que apunta a la **ampliación de la concepción de la racionalidad económica desde sus principios normativos**.

4.1 La ética mínima deontológica de la razón económica: Compatibilidad social y medioambiental de la economía

Como ya hemos visto arriba, el vacío deontológico de toda ética puramente teleológica consiste en que no puede garantizar la exigencia **incondicional** de todos los seres humanos de que se reconozcan sus derechos inviolables de libertad e individualidad (derechos humanos), ya que se trata de principios éticos que encuentran su finalidad en sí mismos, es decir, en su valor propiamente humano. Desde el punto de vista socio-político, su valor propio incondicional se expresa en su capacidad de generalización, es decir, ninguna persona puede ser excluida de esta exigencia porque, de lo contrario, su calidad de sujeto humano como tal se perdería. Precisamente por esta razón, la libertad "sin consideración de la persona" (Max Weber) requiere la generalización; si no, se degrada al libre albedrío del más fuerte y a la servidumbre del más débil, o sea, se autoanula a sí misma como idea ética. Por tanto, el mínimo deontológico de toda ética racional está determinado en el criterio (especificado por Kant como imperativo categórico) de la generalización de estas exigencias personales fundamentales (**principio de universalización**).

La ética económica, por cuanto trata de presuposiciones éticas que tienen como tema la calidad **incondicional** de sujeto humano de las personas implicadas en o afectadas por la economía, no puede eludir – precisamente por su calidad liberal – un momento deontológico fundamental en el sentido kantiano de la autoobligación de los sujetos ético-razonables. Este momento tiene que fundamentarse ético-económicamente como éticamente racional **por delante** de cualquier cálculo económico⁴⁰.

⁴⁰ Cfr. para las aporías en que suele caer todo enfoque funcional que no quiere saber nada de este momento deontológico, K.HOMANN, op.cit., p. 108

La contribución sistemática de **John Rawls** y su importancia para una ética económica moderna que tiene en cuenta la racionalidad económica, puede verse precisamente en que ha combinado la racionalidad teleológico-utilitarista de los enfoques de la teoría de juegos (compárese arriba) con el elemento deontológico kantiano, **introduciendo** por delante de todos los cálculos utilitaristas el "principio de la máxima libertad posible" (para todos): La libertad tiene preferencia ante cualquier argumento utilitarista (de la teoría del bienestar), porque las desigualdades respecto a los derechos humanos fundamentales no pueden ser justificados económicamente – precisamente por el valor propio humano de la libertad. Pero, aunque con esta primacía Rawls puede superar en general la falsa totalidad de una perspectiva puramente económica y él mismo acentúa reiteradamente su referencia a Kant, después vuelve a intentar, a su vez, fundamentar el elemento deontológico mismo en las categorías de una racionalidad puramente estratégico-utilitarista, sirviéndose del "juego constitutivo". Desde ahí limita expresamente el concepto de **razonabilidad** al "sentido más estrecho posible ..., como es usual en la teoría económica"⁴¹.

Frente a esto, James M. Buchanan da un paso adelante metodológicamente hablando: reinterpreta el concepto de racionalidad o **eficacia** económica como tal desde la teoría del contrato. Al reducir el concepto de eficacia de las decisiones colectivas (y, con ello, de las ordenaciones institucionales) al consentimiento de todos los implicados, o sea, a su **consenso**, lleva a cabo un primer paso en el cambio pragmático-lingüístico de la idea de racionalidad económica⁴². De esta forma se abre la posibilidad de una mediación metódica entre la

⁴¹J. RAWLS, op.cit., p. 31, también P. ULRICH, *Transformation....*, op. cit., p. 257 y ss.

⁴²Cfr. J.BUCHANAN, *Freedom....*, op. cit., p. 128 y P.ULRICH, *Transformation....*, op. cit., p. 264 y ss.

racionalidad económica y la ética deontológica. La idea de la comunicación y el logro de un consenso **racional** entre las personas entraña necesariamente un núcleo deontológico: el reconocimiento mutuo de los interlocutores como sujetos emancipados y la comprensión del valor propio humano de una armonización de intereses y solución de conflictos no violentos y consensuales. Esto es precisamente el núcleo deontológico de la **ética comunicativa (ética discursiva)**. Esta puede entenderse como una forma de la ética deontológica de Kant, transformada desde la óptica de la pragmática lingüística. Así, la ética comunicativa demuestra ser un puente metódico entre la racionalidad económica interpretada desde la teoría del contrato y la idea de la razón ético-práctica (entendida deontológicamente). A través de este puente se puede conseguir, en principio, desarrollar la irrenunciable ética mínima deontológica de la razón económica (colectiva)⁴³.

En la ética comunicativa se alcanza el elemento mínimo deontológico de una ética racional moderna en el conocimiento adquirido **reflexivamente** (pragmático-trascendental) de que la presuposición normativa ineludible de una regulación racional y sin violencia de los conflictos de intereses entre las personas, radica en su reconocimiento simétrico recíproco como interlocutores emancipados y, con ello, en su disposición de arreglar sus asuntos y conflictos comunes argumentativamente, es decir mediante un entendimiento guiado por la razón, para alcanzar soluciones (contratos) consensuales y aceptables para todos los afectados. Por lo tanto, la ética discursiva es, se conecta con la teoría del contrato político-económica como una regulación crítica de todas las valoraciones de eficacia económica éticamente racionales.

⁴³. Cfr. para la ética comunicativa en general, P.ULRICH, *Transformation...*, op. cit., p. 264 y "Diskursethik und Politische Ökonomie", op. cit.

No podemos entrar aquí en los múltiples principios y problemas fundamentales de la ética discursiva en general. Sólo una palabra acerca de la objeción estándar actual, que ejemplifica muy bien J. Meran. La objeción viene a decir que la ética discursiva ya presupondría el principio ético (¡deontológico!) de la reciprocidad de argumentación y de la actitud orientada al entendimiento de los interlocutores que pretende fundamentar. Así las cosas, no podría garantizar ni una actitud orientada en el consenso (en lugar de meramente interesada en la estratégica) ni la razonabilidad de los resultados de la argumentación; se trataría, pues, como se afirma a veces, de una "petitio principii"⁴⁴. Si bien es correcto que la ética discursiva en sí misma no puede ofrecer ninguna garantía para el logro de consensos y resultados racionales, lo esencial es sin embargo que ninguna ética moderna puede ofrecer una "garantía" de la validez o racionalidad normativas. Su función es más bien **reflejar** las principales condiciones de posibilidad para el logro de un consenso racional. En este sentido no se trata de una petitio principii sino de un giro consciente de la razón práctica hacia sus propias presuposiciones – esta es la esencia del concepto de fundamentación reflexiva. Ciertamente no puede "producirse motivacionalmente" la **buena voluntad** de obrar correspondientemente, o sea, en interés en la razón. Por así decirlo, en este punto cualquier ética moderna guisa con agua. En consecuencia, no tiene mucho sentido reprochar a la ética discursiva que, respecto a ello, echaría mano de "presuposiciones fuertes" (K. Homann). Desde siempre, la ética racional presupone un interés fundamental en la razón ética en los sujetos de la acción y, en este sentido, su calidad como sujetos morales.

Sin embargo, este interés presupuesto no obliga a nadie – más allá de un concepto meramente correctivo de la ética económica – a

⁴⁴Cfr. A.KÜNZLI, "Vom Können des Sollens oder wie die Ethik zur Narrenfreiheit verkommt", en *Arbeitsblätter für ethische Forschung*, 22 Oktober 1989, pp. 33–50

descuidar por completo o abandonar sus intereses económicos. Por el contrario, es en este punto donde comienza la tarea y oportunidad específica de una ética económica moderna: si no se quiere avanzar de manera "idealista", se debe poner "en juego" la fuerza de motivación "realista" de la racionalidad económica, aunque sin abandonar por ello el momento deontológico y recaer en una visión "puramente" económica. Más bien se trata en la ética económica moderna de una **economía mejor**, en el sentido en que la tarea especial de la ética económica en lo referente al "vacío de motivación", donde la fuerza normativa de la filosofía práctica "pura" llega a sus límites prácticos, consiste en continuar argumentando con toda la fuerza estratégico-analítica y hasta donde sea posible **económicamente**: cómo se podría proporcionar, de la mejor manera posible bajo las circunstancias reales dadas en cada caso, validez y efectividad prácticas a las ideas universales racionalmente comprensibles(deontológicamente) de la dignidad humana, de la libertad y de las oportunidades de vida equitativas para todos (justicia). De esta forma, la necesaria ética mínima deontológica ilumina las **presuposiciones normativas** bajo las cuales "tienen sentido", con referencia a la ética económica y a la praxis vital, los argumentos teleológicos "motivadores" del tipo "la moral reduce los costes (de transacción)". En consecuencia, por irrenunciable que sea el elemento deontológico para una ética racional de la economía, en vista de esta tarea sería equivocado y contraproducente- y aquí hay que asentir del todo a los representantes de la ética económica funcional o motivacional - desechar lo teleológico por lo deontológico de la ética.

Dicho en términos menos académicos, este postulado de "lo deontológico" y "lo teleológico" de la racionalidad económica no es más que la idea conductora práctica de la **compatibilidad social de la acción económica**. En esta idea puede verse sin problemas una configuración pragmática, por parte de la ética económica, del elemento teleológico mínimo de la ética moderna, a saber, de la norma

básica de la ética racional de la misma pretensión de todos los sujetos humanos de que se conserve su calidad de sujeto (**principio de universalización**). Por cuanto este criterio incluye la generalizabilidad entre las generaciones actuales y las futuras, como ya hemos visto en el contexto del llamado "problema del separatismo", abarca también al postulado de la **compatibilidad medioambiental** (precisamente en el sentido de la exigibilidad de los costes ecológicos de nuestra economía frente a las generaciones futuras⁴⁵. La condición fundamental de una razón económica "superada"(aufgehobene) ético-racionalmente no es otra que la conservación de la compatibilidad social y medioambiental de la acción económica bajo el horizonte de la idea regulativa de la exigibilidad y capacidad de consenso generales de todos los afectados (con vista a su pretensión de libertad general y máximamente igual, no con vista a cualesquiera preferencias "dadas"). El significado práctico-vital de este mínimo deontológico del criterio de compatibilidad social y medioambiental de la acción económica éticamente justificada, se expresa más sencillamente en la conocida pregunta del utilitarismo de la regla, con la cual se concretiza, al mismo tiempo, la construcción de un puente entre el elemento deontológico y el teleológico de la ética económica: ¿Sería justificable que cualquiera actuara así?

Por lo demás, el criterio de compatibilidad social también implica, como idea conductora de la ética económica, una versión pragmática del principio de universalización en el sentido de la ética comunicativa (ética discursiva). Ésta devuelve la forma fuertemente idealista de la ética deontológica kantiana (imperativo categórico) a la comunicación real político-económica y se entiende, como hemos visto, como su regulativo ético-crítico. El criterio de compatibilidad social y medioambiental tan sólo se puede llenar de contenido en un proceso de entendimiento "no-limitado" y racionalmente conducido

⁴⁵Cfr. P.ULRICH, "Lassen sich Ökonomie und Ökologie wirtschaftsethisch versöhnen?", en E.SEIFERT/R.PFRIEM, *op.cit.*, pp. 129-149

por todos los afectados. Hay que comprenderlo por tanto no como un criterio de contenido, sino como un criterio formal y **procedimental** de la economía éticamente racional. Entonces, lo que ha de tomarse por "social y medioambientalmente compatible" no puede ser definido por algunos expertos como una "checklist" a espaldas de los afectados. También con esta terminología más relacionada con la práctica, el elemento deontológico (es decir, obligatorio) de la ética económica no viene autoritariamente "desde arriba", sino que, en último lugar, tan sólo puede provenir de la **autoobligación** o autofijación ético-moral (individual y colectiva) de personas con voluntad de ser racionales.

4.2 La autoreflexión crítica de la razón económica: Intereses propios bien entendidos

En este compromiso deontológicamente fundamentado (en el sentido del postulado de compatibilidad social y medioambiental) que acabamos de mencionar, se trata principalmente de la "obligación" ético-racional de todo sujeto económico de estar dispuesto a una **modificación de sus preferencias**, en el marco de un proceso de ajuste de intereses guiado por la razón, si estas preferencias, a la luz del principio de generalizabilidad, resultan incompatibles con los derechos fundamentales universales de otras personas. Esto, sin embargo, es realmente una idea liberal. Precisamente en este punto puede – y debe desde el punto de vista de una ética racional – vencerse el individualismo metodológico que caracteriza toda la ciencia económica pura y que viene bajo el estandarte del (paleo-)liberalismo como un riguroso individualismo normativo, y con él la fijación empirista en preferencias individuales "dadas". Porque es en este punto donde las preferencias empíricas de los individuos se hacen accesibles a un proceso de reflexión y argumentación **críticas** en el marco de la ética comunicativa. La ética económica encuentra una conexión crítica con los intereses económicos de las personas, dirigiéndose a su

competencia crítica como ciudadanos emancipados y "motivándolos" a la reflexión de sus **intereses bien entendidos**. Bien entendidos con respecto a las presuposiciones ético- deontológicas de la economía racional. De esta manera la ética económica crítica fomenta un modo de pensar económico éticamente consciente en la teoría y en la práctica y, en este sentido, hace una contribución fundamental a su liberación de **coacciones** conceptuales obsoletas. Aunque, desde luego, no está en sus manos alcanzar directamente a las situaciones de intereses político-económicamente dominantes y a **las fuerzas de los hechos** institucionales que puedan oponerse (aún) a una práctica económica adecuadamente ilustrada.

Lo fundamental consiste en que la ética comunicativa entra "en la discusión" (y no sólo en el "juego" estratégico) con el concepto de la racionalidad económica como elemento necesario de la **clarificación y ordenación racional de preferencias**. De esta forma la racionalidad económica se abre autocríticamente a las preguntas de la razón ética por sus propias presuposiciones normativas y, en este sentido, se hace consciente de la ética. Pero, ¿qué quiere decir "crítico"?

La crítica en el sentido filosófico, no vulgar, del concepto es la autocrítica de la razón humana. De nuevo fue Kant quien desarrolló, en su famoso "giro copernicano" la comprensión de que una ética moderna, humanista, no puede derivarse de ningún criterio preestablecido revelado metafísica o empíricamente (enfoque de la fundamentación deductiva), sino que sólo puede confiar en la razón crítica que se cerciora reflexivamente de las condiciones normativas de la posibilidad de argumentar razonablemente (enfoque de la fundamentación filosófico- transcendental)⁴⁶.

⁴⁶Cfr. en particular P.ULRICH, *Transformation...*, op. cit, p. 276

Un trato crítico con el problema de la fundamentación de las normas de una **ética racional** significa, por lo tanto, la autorreflexión de toda perspectiva de racionalidad respecto a sus propias presuposiciones normativas ineludibles. Tal autorreflexión crítica es capaz –esta es mi tesis– de comprender por ella misma la irrenunciabilidad de una fundamentación deontológica de la ética económica también para la racionalidad económica. Dicho brevemente, se trata de llevar "a razón" la racionalidad económica de una manera autorreflexiva.

Ahora bien, ¿cómo puede pensarse ahora el momento ético-crítico propuesto **dentro** del concepto de racionalidad económica? De otra manera: ¿cómo habrán de determinarse en concreto las condiciones normativas de la posibilidad de razón económica?. Fijándonos en el sentido práctico de la cuestión de la racionalidad económica, podemos decir que de ninguna manera estamos ante una gimnasia académica de conceptos, apartada de la realidad y prácticamente sin consecuencias. Los conceptos determinan el pensamiento, también en la práctica. En consecuencia, es posible que a la larga no haya otro acceso de la ética económica a la práctica que sea más poderoso en su efecto que el categorial, es decir, el camino que pasa por la **reconstrucción crítica del contenido normativo de los conceptos fundamentales de la economía**, centrándose especialmente en los conceptos de racionalidad económica, eficacia, costes, beneficios, etc. Mucho de lo que hoy se tiene por económicamente racional se muestra, pensándolo bien desde el sentido común, como un comportamiento bastante insensato, precisamente en lo que concierne a nuestro trato "económico" con los recursos realmente escasos de este planeta – no tenemos ningún otro – y las posibles consecuencias para nuestra calidad de vida social e individual, quizás incluso para la supervivencia de la humanidad. Para desenmascarar sistemáticamente esta **ficticia racionalidad economicista**, es esencial para una ética económica moderna ponerse primero ella misma en condiciones metodológicas de poder tratar críticamente con el contenido normativo subyacente del paradigma

reinante (neoclásico) de la racionalidad económica. Su incómoda tarea es preguntar tenazmente por la racionalidad en la vida práctica de aquello que se designa como "racional" desde el punto de vida económico.

A mi juicio, el punto de partida de la teoría económica (y, al mismo tiempo, también de la práctica) para el giro crítico de la racionalidad económica y, en cierto modo, la primera lección de la ética económica crítica está en esta idea: **en un mundo lleno de externalidades de la acción económica no existe ninguna racionalidad económica "pura"** (es decir, libre de valoraciones y neutral en sus intereses). Lo contrario es sólo una ficción economicista. Más allá de esta ficción, no se puede desprender la pregunta por la economía eficaz, en situaciones de interdependencia social de beneficios y costes, de la pregunta por la configuración racional de las relaciones sociales (político-económicas) entre todos los implicados y afectados. Bajo estas circunstancias, se trata de llenar sistemáticamente el "vacío social" de la definición estándar neoclásica de la racionalidad económica e incorporar el cálculo económico, de forma sistemática, en procesos de entendimiento social equitativos y guiados por la razón sobre el orden de preferencias colectivas, en vista de los valores, necesidades e intereses en conflicto: una concepción sólida de la razón económica en el sentido del momento ético-deontológico irrenunciable tan sólo es posible ya como **idea regulativa de la razón socio-económica**.

4.3 La ampliación desde el mundo de la vida de la razón económica: la idea de la racionalidad socio-económica

Hace algunos años formulé la tesis de que sería necesario un "cambio de tema" político-económico en los problemas clave actuales del proceso de racionalización de la sociedad industrial y tal cambio

está teniendo lugar. El cambio de tema desde la racionalización funcional interna del sistema económico hacia la pregunta de cómo el proceso desencadenado (en vista de las externalidades ecológicas y sociales **demasiado** desencadenado) de la racionalización económica podría volver a ser reintegrado en los criterios de la vida práctica de la buena vida y convivencia de las personas o, más brevemente, hacia la pregunta por los patrones de orientación de la **racionalización socio-económica** de la sociedad industrial "avanzada"⁴⁷. Este "cambio de tema" constituye el terreno fundamental sobre el cual la ética económica está hoy "en boga". En ella se trata nada menos que de una nueva perspectiva extensa de la economía racional desde la **perspectiva del mundo de la vida**.

Si se acepta este punto de partida de la praxis cotidiana, la relevancia práctica de una ética económica moderna depende fundamentalmente del grado de reflexión y diferenciación con el que trata la relación difícil y llena de tensiones entre el sistema económico y el mundo de la vida. La ética económica moderna no puede ser una mera ética interna del sistema económico, más bien es fundamentalmente una **ética política**, al igual que la economía es fundamentalmente una economía política. Desde este punto de vista, la "razón económica perdida" ha de determinarse más exactamente como la pérdida de la perspectiva política y del mundo de vida en la comprensión de la racionalidad económica. De tanta sabiduría analítica (!), se le ha perdido a la racionalidad económica el sentido de las **presuposiciones no sistémicas** de la economía racional.

La consecuencia sistemática de esta unidimensionalidad de la racionalidad económica "moderna" fue la elevación, ya criticada, de las

⁴⁷ Cfr P. ULRICH, "Sozialökonomische Entwicklungsperspektiven aus dem Blickwinkel der Lebenswelt", en Schweiz. Zeitschr. für Volkswirtschaft und Statistik, 119, 1983, pp. 237-259.

técnicas sociales de la **integración funcional** del sistema a una **falsa totalidad** del orden económico: La política de ordenación fue teóricamente reducida a una regulación "técnica" del sistema mediante una mezcla eficaz de regulación por el mercado y el estado. En el camino quedó la perspectiva moderna de una política de ordenación de la base cultural portadora del sistema económico, de la **integración social normativa** y, con ello, de las necesarias orientaciones de valores y sentidos sociales de la conformación del sistema. En la sociedad premoderna, esta integración social normativa fue realizada mediante tradiciones de la praxis vital "obligatorias", aceptadas más o menos sin reflexionar. Bajo condiciones modernas, sin embargo, estas obligaciones normativas ya no se dan simplemente por las evidencias de la tradición. Los criterios normativos del orden social y económico requieren ahora ellos mismos una legitimación racional ética y política, o sea, están sometidos a la obligación de fundamentación y entendimiento argumentativo. Por lo tanto, la idea regulativa, bajo la cual se puede comprender una **política éticamente racional**, no es otra que la de la ética comunicativa que representa la ética mínima para una sociedad liberal-democrática. Aplicado a la relación entre el sistema económico y el mundo de vida (político), se da, por consiguiente, este leitmotiv: **la ética económica para una sociedad liberal-democrática devuelve el cálculo económico demasiado independizado en la dinámica del sistema a la comunicación político-económica abierta entre ciudadanos económicos emancipados.**

De esta forma, la presuposición no sistémica fundamental de un sistema económico con ordenación éticamente racional puede verse en la institucionalización de un **orden de comunicación político-económico** que sea libre, en el mayor grado posible, de las "fuerzas de los hechos" sistémicas y en el que – conforme a la idea regulativa – puedan participar todos los "ciudadanos económicos", a ser posible, de una manera equitativa. Éste el lugar sistemático donde la dinámica del sistema económico se conecta con los criterios de sentido del el

mundo de vida, de la "vida buena" y de la convivencia de las personas. En el caso contrario, el lugar donde se crea la "fuerza de los hechos" de una dinámica del sistema con sentido propio, de la cual los sujetos políticos parecen haber desaparecido. Y si aparecen es porque el mantenimiento de la apariencia del necesario sentido propio de la dinámica sistémica suele corresponder a los intereses poderosos de determinados sujetos económicos, cuyo cálculo estratégico no les da "motivo" alguno para hacer de la ordenación y dinámica del sistema tema de objeción político- económica de sectores de la población meramente afectados.

El poder económico no es, como ya vió Max Weber⁴⁸, nada más que la posibilidad de aquellos que disponen de recursos y derechos de propiedad relevantes para el ámbito público, de excluir de sus procesos de decisión "privados" a los afectados por sus acciones económicas y **cerrar así la comunicación con los afectados**. Frente a ello, la ética comunicativa recuerda la necesidad de **abrir** a la participación de todos los afectados (con los mecanismos pragmáticos adecuados) los procesos de decisión económica que de ningún modo son privados, sino relevantes para el ámbito público debido a sus "efectos externos" sobre terceros. En ello se percibe una presuposición elemental de los procesos de entendimiento político-económica. Y así se comprueba de nuevo que una ética económica con un enfoque comunicativo-ético, que toma en serio el momento deontológico y el del mundo de vida, es necesariamente una **ética económica crítica**. Con una clara diferencia respecto al enfoque funcional de la ética económica, se dirige críticamente contra el status quo, no sólo de la distribución social de los derechos de propiedad y de disposición, sino, más fundamentalmente aún, contra las **oportunidades y derechos de comunicación socialmente asimétricas** de los ciudadanos. De esta forma se compromete, de una manera apropiada, con aquellas personas

⁴⁸.Cfr. M.WEBER, *Wirtschaft und Gesellschaft*, Tübingen, 1972

que no tienen "nada que decir" sobre su afección por las decisiones y acciones económicas, y es necesariamente **incómoda** para aquellos que "llevan la voz cantante" y utilizan su poder para evadir "prudentemente" (!) las exigencias o la participación de los afectados en sus estrategias y cálculos económicos.

El punto más importante de este enfoque se establece en que la mencionada **"apertura" comunicativo-ética del proceso de racionalidad económica** no entra en conflicto, de ninguna manera, con un concepto bien entendido de racionalidad económica (eficacia), sino, al contrario, es su presuposición ética decisiva. Contrastando con el concepto neoclásico de la racionalidad económica "pura", podemos denominar **idea regulativa de la racionalidad socio-económica** a un concepto de economía racional o razón económica que, a diferencia de la racionalidad funcional, **entraña un contenido ético más amplio** con respecto a preferencias individuales "dadas". Esta idea puede alcanzarse en relación con la comprensión de la racionalidad económica convencional. Tan sólo hay que ampliar para ello la definición estándar neoclásica que, de acuerdo con el "vacío social" del neoclasicismo, únicamente tematiza la relación (instrumental y estratégicamente) racional con la **escasez** de bienes o recursos utilizables alternativamente, incorporándole la relación (comunicativo-éticamente) racional con los **conflictos** sociales por la distribución, no sólo de los costes y beneficios internos sino también los externos de una acción o regulación económica dudable. Según lo dicho, ha de definirse como **eficaz o socio-económicamente racional** a toda acción o a toda regulación institucional que ciudadanos libres y emancipados podrían haber determinado como "productiva" en la comunicación político-económica racional entre todos los afectados.

La expresión "podrían" recuerda que, aquí, a diferencia del principio de racionalidad económica convencional, no se trata de un criterio de decisión operativo, sino tan sólo de una idea regulativa cuya

operacionalización siempre ha de realizarse después en la práctica. Esto tiene su razón de ser, pues una de las comprensiones básicas de la ética comunicativa es que el **discurso práctico** y, por tanto, **político-económico**, debe ser practicado de hecho, es decir, no puede alcanzarse de una manera meramente analítica (sólo en la teoría). La idea de racionalidad socio-económica representa un tipo de racionalidad procedimental que no se hace práctico por la anticipación de los resultados materiales de los procesos de comunicación político-económica, sino tan sólo cuando es realizada la especificación ético-racional de sus presuposiciones institucionales e individuales.

Por lo demás, con su giro procedimental e institucionalista la ética económica se encuentra a la altura de la teoría económica reciente, que, desde su propia discusión de la racionalidad, avanzó hacia un giro paralelo en su modelo de racionalidad. Esto es fundamental para su posibilidad de conectar la ética económica con la ciencia económica moderna. Frente a esto, algunos enfoques de la ética económica no alcanzan este nivel de la discusión de la racionalidad de la teoría económica, partiendo en contra de una visión demasiado individualista en su comprensión de la ética (p.ej. la "crítica de las necesidades" de Kambartel⁴⁹) y/o de los criterios demasiado estrechos de la racionalidad calculadora en su comprensión de la economía (p.ej. la "ética del análisis completo de costes y beneficios" de Boulding⁵⁰). Desde estos presupuestos apenas puede extrañarse que la ciencia económica no se tome muy en serio los esfuerzos correspondientes de la ética económica. Antes que rezagarse respecto al giro instituciona-

⁴⁹.Cfr. F.KAMBARTEL, "Bemerkungen zum normativen Fundament der Ökonomie", en J.MITTELSTRASS(ed.), *Methodologische Probleme einer normativ-kritischen Gesellschaftstheorie*, Frankfurt, 1975, pp. 107-125. Cfr. para mi objeción, *Transformation ...*, op.cit., p. 361 y ss.

⁵⁰.Cfr. K.E.BOULDING, "Ökonomie als eine Morawissenschaft", en W.Vogt (ed.), *Politische Ökonomie*, Frankfurt, 1973, pp. 103-125; así como P.ULRICH, *Transformation...*, op. cit., p. 220 y ss.

lista de la reciente teoría económica, la ética económica debe más bien continuarla críticamente.

Aunque aquí se hable de una ética de las instituciones, ello no implica que tengamos que dejar de lado el componente irrenunciable de la ética individual. Pero la capacidad personal de asumir responsabilidad de los sujetos económicos no debe sobrecargarse con exigencias de responsabilidad ingenuas de las que no pueden responder individualmente en la realidad. Una re-moralización total de la acción económica en este nivel no sería apropiado bajo las condiciones modernas, pues los sujetos individuales están sujetos de hecho a estructuras institucionalizadas que representan para ellos, en muchas ocasiones, "fuerzas fácticas" de carácter anónimo. La **diferenciación** de distintos niveles institucionales de la "racionalización" socio-económica, a cada uno de los cuales corresponde un aspecto de racionalidad específico, representa precisamente la presuposición sistemática para una concepción **integrativa** de una economía racional bajo condiciones modernas. Como plasmación institucional de la idea de racionalidad socio-económica se da, teniendo en cuenta la diferenciación introducida entre la integración social normativa (comunicativa) e integración funcional sistémica, una **concepción en tres niveles de la racionalización socio-económica**, a la que aquí tan sólo podemos hacer referencia globalmente por motivos de espacio⁵¹.

⁵¹Cfr. P.ULRICH, "Wirtschaftsethik und ökonomische Rationalität", op.cit.

Nivel institucional	Función básica socio-económica	Tipo de racionalidad
Orden del entendimiento (contrato social)	Integración social normativa (superación de ética conflictos)	Racionalidad ético-comunicativo
Sistema económico (dirección del mercado y estatal)	Dirección funcional del sistema y de la conducta (superación de la complejidad)	Racionalidad estratégica (racionalidad técnico-social)
Acción personal (contratos de cambio)	Utilización eficaz de recursos (superación de la escasez)	Racionalidad calculativo-instrumental

Figura 1: Niveles y aspectos de la racionalidad socio-económica

Este modelo general en tres niveles de la racionalidad socio-económica puede especificarse igualmente de forma clara para la economía empresarial. En este terreno corresponde a la división entre management operativo, management estratégico y política de empresa (o management normativo⁵²). Al igual que en la concepción marco más general, la concepción de racionalidad socio-económica también posibilita aquí la integración sistemática de la cuestión ética (de la ética de la empresa) en el horizonte de racionalización de la economía de empresa, sin abandonar la diferenciación necesaria de los distintos

⁵²Cfr. P.ULRICH, "Betriebswirtschaftslehre als praktische Sozialökonomie", in R.WUNDERER (ed.), *Betriebswirtschaftslehre als Management- und Führungslehre*, Stuttgart, 1988, pp. 191-215

niveles de decisión y de acción. En la conformación especial de la economía de empresa, el concepto de la racionalización socio-económica incluso tiene la ventaja de que, en la actualidad, puede conectar de una manera especialmente clara con las tendencias reales de cambio radical y ampliación de la comprensión de "racionalización" desde la economía empresarial. En este contexto se puede mostrar el porqué una ética económica o empresarial **crítica**, se presenta como el fundamento de un mejor management – al menos dentro de determinados límites – también en el sentido funcional, es decir, de la racionalidad orientada al éxito.

5. LA ETICA ECONOMICA COMO PARTERA DE UNA ECONOMIA AUTORREFLEXIVA.

La ética económica, entendida como reflexión crítico– normativa de los fundamentos de la economía, llama la atención, en cada vez más contextos concretos, sobre las **presuposiciones ético–prácticas** de la razón económica bien entendida. La ventaja de este enfoque de ética económica radica en que ya no lucha con un sentimiento de impotencia contra la lógica de los hechos económicos, tan poderosa en sus efectos, sino que convierte en asunto suyo a la propia razón económica. Se trata de **un realismo económico** éticamente consciente, de un nuevo realismo del ciudadano económico ilustrado. A partir de aquí se puede construir una economía reflexiva que se cerciore autocríticamente de sus propias presuposiciones normativas y que gracias a ello tenga la auténtica rentabilidad de su lado, lo que corresponde al principio ya formulado de una economía mejor desde el punto de vista de la praxis vital.

Respecto al alcance de este enfoque de ética económica como disciplina crítico-normativa de las ciencias económicas, no podemos hacernos muchas ilusiones, porque implica que la ética económica tiene que penetrar en el "sancta sanctorum" de la ciencia económica pura y, finalmente, aunque de una forma nueva, volver a plantear en la disciplina económica la discusión, supuestamente resuelta desde hace tiempo, sobre los métodos y valoraciones⁵³. Ello provocará inevitablemente, junto a las exigencias desarrolladas de una mediación metódica entre la racionalidad económica y la razón ética, la resistencia pertinaz del Mainstream economics, desde cuya perspectiva, por supuesto, ha quedado probado el paradigma "puro" de la racionalidad económica, hasta el punto que intentará establecer incluso una teoría puramente económica de la moral como paradigma de la ética económica. Como se sabe desde Thomas Kuhn, los paradigmas establecidos son extremadamente difíciles de romper argumentativamente, porque un paradigma "fuerte" como el representado por la ciencia económica pura neoclásica es incommensurable con patrones de pensamiento extraparadigmáticos, y a menudo fomenta en los teóricos que ya lo han interiorizado una argumentación circular: cada grupo utiliza su propio paradigma precisamente para defenderlo⁵⁴.

Sin embargo, alcanzar la autoreflexión de la razón económica por la vía crítica es, a mi juicio y a pesar de todas las dificultades de la pretensión, el camino más fructífero o incluso el único camino realmente viable para hacer **económicamente pensables** las deficiencias esenciales de racionalidad de nuestro modo de economía desde la perspectiva del mundo de vida. Pero, para empezar, para una mediación interdisciplinar entre la ciencia económica y la ética racional es

⁵³.Cfr. para la importancia de este paradigma socio-económico, A.ENTZONI, *The Moral Dimension-Toward a New Economics*, London, 1988

⁵⁴.Cfr.TH.KUHN, *Die Struktur wissenschaftlicher Revolutionen*, Frankfurt, 1973, p. 130

esencial que vaya "al grano" desde las dos perspectivas específicas, y que se puedan concebir primero las calidades, antes excluidas paradigmáticamente de la ciencia económica, de la vida buena y de la convivencia de las personas en categorías de una racionalidad económica filosófico-éticamente "cualificada" (es decir, ampliada desde puntos de vista cualitativos).

Si se consiguiera una mediación tan fundamental entre la racionalidad económica y la ética (bajo condiciones modernas en ambos lados), se fundamentaría, en último término, un **enfoque integrativo de la ética económica** que evitaría la reducción señalada de los problemas, tanto del enfoque meramente correctivo como del enfoque meramente funcional. Gracias a la diferenciación sistemática de los tres niveles institucionales, este enfoque satisface fundamentalmente no sólo las exigencias de una ética moderna, sino también los requerimientos funcionales de un sistema económico moderno y relativamente autónomo, así como las realidades socio-políticas del proceso de racionalización de la sociedad industrial en su fase actual. "Integración" no implica asimilación, es decir, no debe interpretarse como una vuelta al concepto premoderno de una re-moralización completa de la economía, lo cual equivaldría a la anulación de la idea de un sistema económica relativamente autónomo. Más bien llamo **integrativo** a un enfoque de la ética económica que integre en la "lógica de los hechos" económica los momentos ético-prácticos arriba fundamentados del mínimo deontológico (principio de generalizabilidad y postulado de compatibilidad social y medioambiental), de la reflexión crítica de las presuposiciones normativas de la economía razonable (preferencias individuales y colectivas bien entendidas) y de la reincorporación al mundo de vida de la racionalidad económica (idea de racionalidad socio-económica). De esta forma podemos volver a unir conceptualmente en un mismo enfoque lo económicamente pertinente con lo que es apropiado para el hombre.

Si se hace de manera crítica esta unión más bien incluye que excluye **la reflexión de los límites de la reintegración de la ética y la economía** bajo condiciones modernas. Estos límites se refieren particularmente a dos consideraciones que, al tenerlas en cuenta, se evita, primero, la recaída en una relación autoritaria entre la ética y la economía y, segundo, un regreso detrás del hecho de la existencia de un (sub-)sistema económico relativamente autónomo.

En primer lugar, la concepción de la racionalidad socio-económica no ofrece ningún principio moral material nuevo, del cual se podrían derivar deductivamente "valores firmes". Como hemos visto, el discurso político-económico debe realizarse siempre en la práctica. Igual que en el enfoque de la teoría contractual de Buchanan, también en la ética económica fundamentada desde la ética discursiva se puede ver la calidad liberal no autoritaria del enfoque, precisamente en este giro práctico porque libera tanto al ético de la ética económica como el economista práctico de la necesidad o tentación teórica de ponerse consciente o inconscientemente por encima de la formación de voluntad democrático-política y "jugar a ser Dios", como tan acertadamente lo denominó Buchanan⁵⁵. Una ética económica comunicativa se apoya en la **ética de una sociedad liberal-democrática** y, en este sentido, no debería confundirse con una filosofía de la moral tradicional.

En segundo lugar, la idea regulativa de la racionalidad socio-económica alcanza a la praxis, como ya hemos dicho, tan sólo en su "disolución" institucional y en su transformación procedimental. Precisamente es parte de la función heurística del concepto de los tres niveles de la racionalidad socio-económica, conceder a la racionalidad interna funcional del sistema económico el lugar que le corresponde desde su perspectiva ético-práctica y, con ello, **asegurar la relativa**

⁵⁵ Cfr. J.M. Buchanan, *The Limits of Liberty*, op. cit., pp. 1 y 15

autonomía del sistema económico en cuanto ésta sea funcional respecto al orden de preferencias político-económicas determinable democráticamente. Esto quiere decir: en la medida en que un sistema económico relativamente autónomo es buscado democráticamente y su modo de función es legitimado ético-políticamente, también es adecuada una **racionalidad del sistema económico relativamente independizada** dentro de la concepción de racionalidad socio-económica. Sólo que ahora ya no se puede pretender que este aspecto de la racionalidad funcional del sistema económico sea toda la razón económica; su carácter como racionalidad parcial se refleja como tal dentro de las categorías de la economía racional. Cuánta racionalidad funcional "con sentido propio" y cuánta dinámica de racionalización habría de conceder o denegar al sistema económico relativamente autónomo en el futuro, o, más sencillamente, qué grado de autonomía debería tener efectivamente este subsistema, es algo que ya no puede anticiparse teóricamente en el enfoque crítico, a diferencia del enfoque autoritario. Determinar normativamente este grado de autonomía socialmente deseado del subsistema económico, es función precisamente del orden de entendimiento político-económico.

¿Qué significan en concreto estas afirmaciones para la relación entre la ética y la economía de mercado? Fundamentalmente lo siguiente: desde la perspectiva de la ética económica crítica no tiene sentido idolatrar globalmente la regulación del mercado ni tampoco condenarla. El mercado mismo no representa la moral ni es por principio su contrapartida, queda más bien pendiente siempre de la ordenación marco político-económica determinada democráticamente, transmitir un contenido ético a la regulación del mercado para que éste funcione "eficazmente" desde fines valiosos para la praxis vital. En consecuencia, a la racionalidad de los procesos de decisión político-económica acerca del marco de ordenación del mercado le corresponde, desde la perspectiva del mundo de la vida, un significado constitutivo para la racionalidad económica del sistema.

En vista de los retos y experiencias de la praxis vital constantemente en cambio, es fundamental **mantener abierto** también para el futuro este proceso de determinación político-económica, que habrá de llenarse pragmáticamente según las condiciones de la época y la situación. Tan sólo bajo esta presuposición es posible volver a alcanzar políticamente a una dinámica sistémica institucionalizada y desencadenada, en caso de que sus efectos globales sobre la práctica de la vida ya no correspondan a las expectativas originales o que estas expectativas hayan sufrido transformaciones ellas mismas en el contexto de un cambio de conciencia o valores sociales. Este modo de funcionamiento del sistema económico puede permanecer accesible a una evolución político-económica reflexionada y que atienda a nuevas experiencias en la medida en que exista realmente un orden de entendimiento político-económico "abierto" ético-comunicativamente, sea (por orden de dificultad creciente) a nivel local, nacional o internacional.

Esta necesaria apertura comunicativa de la evolución del sistema vuelve finalmente a remitir a la capacidad del enfoque crítico de mediar entre la ética deontológica y la teleológica, que hemos reconocido como el problema fundamental de la ética económica. A la orientación de la ética económica **en consecuencias** concretas de la acción económica, exigida por los representantes de una teoría puramente económica de la moral (enfoque funcional), se le hace de nuevo justicia bajo un horizonte ensanchado. El "motivo" de la praxis vital que, en último lugar, hace aconsejable la creación de relaciones "abiertas" de entendimiento social, puede verse en que la integración democrática de los ciudadanos en el proceso político-económico no tiene otra finalidad que la de hacer valer, de una manera social y medioambientalmente compatible, sus **esbozos de vida** individuales y específicos de cada grupo, es decir, sus ideas sobre una forma de vida buena, atractiva para ellos, y anticipar estas ideas a la dinámica económica del sistema como su horizonte significador en vez de simplemente subordinárselas. Con ello, también el necesario elemento

deontológico de una ética económica moderna acaba por estar ligado a aquel **momento teleológico** igualmente irrenunciable sin el cual todas las reflexiones de la ética económica serían superfluas. El motivo es que, en la praxis vital, bien merece la pena, hoy quizás más que nunca, buscar ideas de **progreso socio-económico** actuales y volver a hacer frente a la pregunta inicial de toda ética con orientación pragmática: ¿Cómo queremos vivir en el futuro?

Una ética económica que recupere la pregunta por una economía racional bajo el horizonte teleológico de perspectivas de progreso con sentido práctico, incorporándola, al mismo tiempo, en la ética mínima deontológica moderna de una sociedad liberal-democrática, bien podría contribuir científicamente a aquel reto central del proceso de modernización y racionalización de la sociedad industrial en su fase actual, que Ulrich Beck⁵⁶ llamó acertadamente la transición de la científicidad sencilla a la "cientificidad reflexiva". En definitiva, el hacerse reflexivo de las racionalidades científicas parciales respecto a sus "fundamentos immanentes y consecuencias externas". También la racionalidad económica poderosa en sus efectos ha de abrirse hoy, por su propia libertad de ideología y justicia específica, a una reflexión crítica de sus premisas y conexiones de sentido ético-prácticas. Visto de esta manera, en la ética económica se trata efectivamente de un gradual aprendizaje crítico en el camino hacia una **economía autorreflexiva**, y esto significa: hacia una razón económica consciente de la ética.

⁵⁶ Cfr. U. BECK, *Risikogesellschaft. Auf dem Weg in eine andere Moderne*, Frankfurt, 1986, pp. 254 y ss.